



ALTAZOR

Ida Gramcko

Antología poética



MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA
A L T A Z O R

ANTOLOGÍA POÉTICA

Ida Gramcko

Prólogo y selección

LUISLI MORALES

Cronología

CORAL PÉREZ GÓMEZ



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2008
2.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024

Antología poética

© Ida Gramcko

EDICIÓN

Belén Ojeda

Inés Feo La Cruz

CORRECCIÓN

Olga Molina

MONTAJE DE PORTADA

Carolina Marcano G.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

David J. Arneaud G.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2024
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N^o DC 2024000640

ISBN 978-980-01-2421-5

Ida Gramcko: poesía y mística

Todos los poetas son santos e irán al cielo

J.G. COBO BORDA

Ida Gramcko relata en sus memorias que cuando niña vio un lirio abrirse en el campo y al llegar a casa dijo: «Denme un papel que tengo una cosa aquí [Y escribió]: En esa mata de verdosas hojas/como un alma blanca surge un lirio encantador»¹.

En adelante, su relación con el mundo y las palabras que lo nombran nunca sería la de los otros; no le bastaron los nombres que la convención impone a las cosas, sino que los cambia, juega con ellos, haciendo poesía, habitando la poesía. Por ejemplo:

—Estás en Babia —dicen los castizos cuando uno se encuentra distraído.

Yo no estaba en Babia porque Babia sonaba a baba con *baby*. Estaba en Jauja, que sonaba a jauría de grandes perros perdigueros que parten en una cacería de otras épocas y que, desde luego, irrumpían en: jaus, jaus, para que Jauja fuese todavía más cierta².

1 Ida Gramcko en *Tonta de capirote*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1972, p. 15.

2 ob. cit., p. 31.

Toda la poesía de Gramcko nombra el anhelo de hallar las palabras en su poderoso origen. Es una obra poética que muestra la preocupación —angustiada— de un ser por alcanzar una VOZ. En su primer poemario, Umbral, ya dice:

Hay alguien que me llama desde remotas cimas
y voy tras su llamado como la humilde sierva:
manos y pies descalzos... entre luces y vidas,
hasta la voz profunda que me pide estar cerca.

Esa VOZ nombrada en el poema persigue el decir poético, pero no como simple ejercicio retórico; es un anhelo de infinita plenitud verbal, es un anhelo de unidad que sólo se realiza en el símbolo.

Si etimológicamente la palabra «diablo» nombra la disgregación, la palabra que se le opone es «símbolo», porque nombra la unidad. «Símbolo» procede del latín symbolum, tomado del griego symbolon, derivado de symbállo que significa «yo junto, hago coincidir»³. El símbolo es, así, la más genuina evidencia de la integración.

A la Unidad, al Todo, a lo Absoluto podríamos llamarlo Dios —sin suscribirnos en una lectura dogmática—, porque Él simboliza la unicidad, la superación de todas las contradicciones. Para el poeta, Dios es la pa-

3 Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. 3º Ed., Madrid, Gredos, 1973, p. 536.

labra que logra resonar infinitamente y que, más allá de lo que denota, convoca un saber universal que está en el hombre y, al mismo tiempo, más allá del hombre: «el símbolo no manifiesta: irradia»⁴. Pero el poeta que escribe no ha encontrado esa palabra; de hacerlo, callaría, porque ella se basta para nombrar al Todo. Y después de nombrado el Todo, ¿qué más queda por escribir?

La poesía es el acto de despecho de quien intuye el goce de la unidad que no posee y canta al amado lejano. El poeta es un ser arrebatado por ese delirio. Delirio místico, podríamos llamarlo, porque los místicos no son quienes profesan una religión, sino quienes han experimentado a tal punto el éxtasis de una visión divina que no pueden hacer más que ansiar vivir en ella.

La poesía de Ida Gramcko es un fervor místico, es el esfuerzo del sediento que sale de la oscuridad para saciar su ansia de líquido vital. Es la angustia de quien, aun pudiendo ver y comprender la verdad profunda de la vida, continúa habitando fuera de ella. Es la necesidad espiritual de trascender la vacuidad a través de la palabra. Llama la atención la coincidencia simbólica entre su poesía y la poesía mística de San Juan de la Cruz:

1) Del mismo modo en que en el Cántico espiritual la purgación se logra tras cruzar la noche oscura del alma, en la poesía de Ida Gramcko el padecimiento y el sufrimiento son el preámbulo a la aprehensión del mundo:

⁴ Ida Gramcko, *Poética*. Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1983., p.8.

No, la tierra no podrá ser la tierra,
ni la muerte podrá ser la muerte,
ni la vida la vida,
hasta que mi alma no haya conocido toda
la espantosa pesadilla,
y no se haya internado hasta la entraña
del hondo, humano abismo (...)
hasta que no haya saboreado toda,
toda la hiel amarga y el acíbar.

2) El camino oscuro de las pruebas conduce a una unión mística, expresada plenamente en el amor.

Las estrellas cayeron al fondo de la noche
y hoy rodean nuestros ojos, tiernamente,
en una irradiación definitiva.

En el centro del mundo estoy, con el amor,
haciendo círculos.

Y todo esto por él: mi pensativo.

3) Como en San Juan, la imagen de las manos o los pies descalzos aparece reiteradamente como sinónimo de la pureza necesaria para el ascenso:

Hay alguien que me llama desde remotas cimas
y voy tras su llamado como la humilde sierva:
manos y pies descalzos... entre luces y vidas,
hasta la voz profunda que me pide estar cerca.

4) *La fuente, el espejo y las pupilas que desempeñan en los textos de San Juan función de símbolo de contemplación del Amado, aparecen con el mismo sentido en la obra de Gramcko:*

Y a ti, rostro desnudo,
carne viva,
que abandonas tu máscara de triunfo
cuando amanece el llanto en las pupilas.
—Voy en busca del agua;
tengo sed de cariño—
Y su voz era un ánfora
tendida al fresco manantial amigo.

¿Puede esta comparación dar pie para calificar de mística la obra de Ida Gramcko? El misticismo no es una posición literaria sino una actitud vital. Bertrand Russell señala que el impulso místico es una de las dos vías posibles por las cuales el hombre accede al conocimiento —la otra es la ciencia—, y que se caracteriza por ser «una forma de sabiduría súbita, penetrante, coactiva»⁵, durante la cual el alma se sumerge en una profunda soledad que la aparta del mundo de la realidad y de los objetos materiales. El místico cree en la unidad y, en consecuencia, en la inexistencia del tiempo y de la división entre el bien y el mal. Otro rasgo característico de la experiencia mística

5 Bertrand Russell, *Misticismo y lógica y otros ensayos*. Barcelona (España), Edhasa, 1987, p. 27.

—señala Huxley⁶— es la gratitud: los místicos están en permanente acto celebratorio de la vida.

Que los anhelos de Gramcko desbordan el límite del poema está demostrado, una vez más, en sus memorias. Allí puede reconocerse su fervor místico:

1) La búsqueda, el deseo de unión con un todo superior:

No soy de las oscuridades, aunque esta sean interrogantes, emotivas e inquietas. Soy, no de la búsqueda sino del llegadero. Y lo misterioso se enroscaba como un pétreo remolino agorero, enemigo de mi profundo ser. Pues no soy —repito— criatura de tentativa sino sólo de encuentro, de luminoso encuentro (p. 132).

2) La percepción del mundo como un todo indivisible:

No creía en el infierno. Y tampoco —conscientemente— en el cielo. Y no es que este dependa del primero. Cuando el cielo se da totalmente, sobra todo ese rojo pic nic de parrilladas (p. 53).

3) La soledad del alma y la exaltación de las sensaciones interiores:

Hasta hoy, sigo oyendo un murmullo interior. Debo estar llena de curiosos rumores por dentro.

6 Aldous Huxley, «La experiencia visionaria», en *La experiencia mística*. Buenos Aires, Kairós-Troquel, 1979.

Desde luego que no puedo oír el crujido de un mueble antiguo que se halla en una casa situada a tres cuadras de la mía. Mas, me parece oírlo... Hace poco escribí que, andando por una avenida, escuché el ruido de un tapiz al deshilacharse (p. 72).

4) La ruptura con el mundo material:

Lo grande, ¿tiene quien lo secunde, quien lo apoye o lo ensalce? No, ni abalorio ni cinta ni ornamento. Uno sólo lo cuida con su calma y confianza. Y eso lo sé ahora. Lo grande sólo se halla en nosotros y tan sólo nosotros podemos protegerlo (p. 109)

5) Y la celebración de la vida:

Recordé al hombre, y yo amaba al hombre. A todos los que había conocido... Empecé a comprender —de manera inconsciente— a los que me habían dañado, sin querer o queriéndolo. Y era como si el perdón fuese, en sí mismo, una felicidad... El corazón saltaba, marioneta movida por un artista loco (pp. 112-113).

La experiencia mística está más allá de la literatura; sin embargo, la poesía puede devenir en obra visionaria, transfiguración del mundo, camino de encuentro.

La experiencia lírica no es mágica transportación a un territorio etéreo. Es una exploración en el más allá de la conciencia del poeta. Allí, donde se encuentra con

la conciencia del mundo. Es oficio, pero oficio de búsquedas, anhelo de encuentro con un modo de decir que recrea todos los sentidos, anhelo de encontrar la palabra irradiante. Pero, la búsquedas poética entraña sus peligros —sobre todo porque la guía se construye en la propia experiencia— y, en ocasiones, conduce a la perdida. La aspiración del máximo decir poético puede engendrar en el artista una ruptura psíquica.

Ida Gramcko padeció una severa psicosis que requirió su reclusión. Ello no anula la idea de que fue, sin duda, un espíritu y una poeta excepcional. Su poesía hace pensar en el poeta como un ser particular a quien le está permitido vislumbrar la verdad oculta en los misterios y en los mitos; esta condición se relaciona con la del demente que vive en el mundo de los sueños, con la salvedad de que el enfermo, en cuanto se recupera, toma estas visiones como producto del delirio y las olvida. El poeta, por el contrario, hace de ellas su material de trabajo consciente—que no necesariamente racional—para el logro de su creación artística.

Gramcko tuvo la suficiente lucidez y valentía para reconocer el límite entre el loco y el artista en la condición psicótica que padeció; pero también para comprender que, en su experiencia, uno no excluía al otro. En el prólogo de su libro Poemas de una psicótica expone que:

Lo fugitivo, porque se agota, se repite. Sólo lo verdadero permanece. Me alegra saber que, aun

durante el sufrimiento de mi enfermedad, yo continué siendo poeta.

La poesía de Gramcko exploró profundamente en sí misma, en sus abismos psíquicos y humanos, pero no particularizó el poema, sino que escribió sobre el anhelo primordial del hombre: su necesidad de integración.

La obra de Ida Gramcko es la suma de tres rupturas: la de la poesía, la de la locura y la de la visión mística; ello en una mujer de su tiempo, y aun en una mujer del presente, es una situación angustiosa. Por ello, vivió en permanente angustia pero no renunció a su fervor poético; por el contrario, nos legó una obra que enjuicia constantemente nuestra concepción de la razón, que trastoca nuestro orden del mundo y restituye el lugar privilegiado de la conciencia poética. Para quienes intenten comprender su obra desde los límites de la racionalidad, la misma resultará impenetrable, significa ver el mundo sagrado con ojos profanos y vivir en el anhelo de que su luz algún día se nos revele por completo.

LUISLI MORALES

de
UMBRAL
(1942)

Tristeza

Ahora estoy triste,
el dolor tiene gafas de maestra
y olor de patios secos y soleados
sobre el vaivén febril de mis palabras.

No encuentro más leyendas,
ni más cuentos de amor, ni más historias,
me he dormido en un lecho de ignorancias
en una siesta estéril de caprichos.

Quise dar más; no pude,
fue demasiada mi ternura llena;
extendí las dos manos desbordantes
y hoy que todo lo di, me hallo vacía.

Soy el cántaro roto
que nunca más se posará en los hombros
ardientes y cimbreantes de los sueños
para ir en busca del brocal del pozo.

Relación

Nadie me sabe comprender; materia,
más materia me anuda y me sofoca;
ya no queda un átomo, una arteria
donde no grite mi impotencia loca.

¿Qué importa un desengaño? Ciencia creada
no admite las angustias de mi llanto;
con relación a lo infinito: ¡nada!
con relación a mi infinito: ¡tanto!

Voz

Hay alguien que me llama desde remotas cimas,
hay una voz profunda que me pide estar cerca.
Los aires se arremasan en corrientes continuas
hasta fundir los ecos en la dormida piedra.

El camino es un paso que dio el gigante mundo
con sus botas de angustia, pensativas y negras;
era un viajero entonces, desamparado y rudo,
y con su andar de nave fue duplicando huellas.

A veces tengo alas. Los cabellos furtivos
se fugan entre ratos de las furias del viento,
las manos, como arañas, van tejiendo en sus giros
una red infinita de locura y de ensueño.

¡Llegaré hasta la cumbre! Tendré todas las flores
azules y mojadas que habitan en las cuevas,
y habrá un concierto claro de pájaros y voces
en la garganta virgen de la desnuda tierra.

Hay alguien que me llama desde remotas cimas
y voy tras su llamado como la humilde sierva:
manos y pies descalzos... entre luces y vidas,
hasta la voz profunda que me pide estar cerca.

Duda eterna

¿En realidad sentimos? ¿Quién advierte
y separa lo alegre de lo triste?
No hay razón en la vida ni en la muerte,
y sin razón tampoco. Sólo existe
la creencia de un bien o de un pecado
que no lleva ni rumbos ni destinos,
o una ilusión de ser y ser amado
cuando la sangre ensancha sus caminos.

¿Y qué son los caminos en el mundo
si el amor es tan sólo un espejismo?
¿Y qué esa fe de suponer profundo
lo que late en el fondo de uno mismo?
Y si la realidad que el hombre mira
sólo es la obra de un humano esfuerzo,
¡quién sabe si también sea una mentira
la infinita verdad del Universo!

de
CÁMARA DE CRISTAL
(1943)

I

Cámara
de cristal
mi lágrima.

Y mar.

Y alcoba pálida
mi sollozo.

Mundo de celofán.

Pecera de hondo
movimiento estelar.

Niebla de otoño.

Y algo más
que naufraga en mi llanto misterioso.

III

Forma es corteza,
cáscara.

Fondo es herida abierta
en la entraña
como una boca donde ríe, sangrienta,
el alma.

V

Hastío.
Pido algo superior
que este vaivén sombrío
del goce y del dolor.
Algo puro... Y sonrío
con temor
porque sólo en mis ojos hay rocío,
y la flor
impalpable, se esfuma en el vacío...
Tal vez sea lo mejor.

XII

Tu alcoba es una playa,
lo sé porque una vez subí contigo
a su ribera blanca
y vi resplandecer el sol marino
sobre una sola barca
donde me diste a conocer el ritmo
voluptuoso del agua.
Gaviota y pez hendieron el abismo
del caracol y el alga.
¿No recuerdas, amigo,
que desde entonces soy tu náufraga?

de

CONTRA EL DESNUDO

CORAZÓN DEL CIELO

(1944)

¿Tendrán todas las cosas que enfermarse
para yo comprenderlas?
Llama ardiente es el alma que vigila mi carne,
fuente viva la sangre que equilibra mis venas,
y sin embargo, el mundo
me deja con el hambre clavada en las arterias:
es el vago delirio, la emoción del confuso
ritmo que nos sustenta
o la ignorada angustia de no encontrar el cauce
donde se surte este algo que vibra y nos penetra;
la vida de los hombres medida en el balance
de mi alma siempre alerta.

Ante mis ojos rígidos
pasan días y noches, días con sol apenas;
en la pared caliza de mi piel una línea
verde, se acentúa de veras.

En el fondo del mundo hay otra, indefinida,
que marcha paralela,
arcoíris de sombra que se esconde a la orilla
de las blancas estrellas.

¡Tan hermosas las flores, los niños y los prados
rodeando en dulce paz el gran misterio!

¡Tan hermosos! Y nadie comprende que hay un halo
envolviendo sus vidas como un sueño.

¿Nadie? Nadie. Los hombres
ríen de sus ojos ciegos.

Sólo te espera la infinita noche,
espíritu infinito, gradación de lo eterno.

4

No, la tierra no podrá ser la tierra,
ni la muerte podrá ser la muerte,
ni la vida la vida,
hasta que mi alma no haya conocido toda
la espantosa pesadilla,
y no se haya internado hasta la entraña
del hondo, humano abismo.
¡Ah! ¿Qué valen aquí, sobre este mundo,
mi espíritu y mi instinto,
si aún tienen un temblor de ensueños claros
que son claras mentiras?
No, no, no puede ser, ni puedo
tampoco ser yo misma,
hasta que no haya saboreado toda,
toda la hiel amarga y el acíbar.

5

Sólo por el gusano
la rosa es pura y bella.
Paradoja mortal. Quizá milagro
o miseria.
Alimento el deseo de morir
por alguien o por algo de la tierra,
para vivir
con fuerza.
Ola, sin mar, llevando el mar en sí.
Blanda llama espectral en mi existencia.
Si mis mejillas sangran
y mis pupilas siembran
lágrimas
de luz, en las tinieblas,
no digáis que mi alma
pierde la plenitud por su tristeza.
Mientras solloza, canta
la vida, y mientras sueña.

Por la tierra, en el mar, entre aire y cielo,
 voy, sedienta mortal, con mi pregunta:
 ¿Por qué vivo, decidme, por qué anhelo?
 ¿Por qué hoy retorna la visión de hielo
 del ayer, la lívida difunta?

Muerte, y amor, y vida
 a cada paso están, como al acecho
 de la entraña encendida
 que desborda sus voces por mi pecho
 en la pregunta que es también herida:
 ¿Por qué la muerte le señala un lecho
 de quietud a mi carne florecida?

La pena de vivir intensa y honda
 es una voz perdida en lo infinito
 que no encuentra la voz que le responda;
 a mi grito no alienta el otro grito.

Por la tierra, en el mar, entre aire y cielo.
 ¿No hay nadie que responda? Nadie. Nada.
Que no hallaré consuelo
 repito sin cesar. Y en la alborada
 surge una luz febril que de algún modo
 levanta en vilo mi existencia mustia.
 ¿Por qué encontrarle solución a todo?
 ¡Si mejor es la angustia!

La verdadera escritura poética no puede ser perfecta
ni pretenderlo. Una novela, una estatua,
sí pueden ser perfectas, pueden estar acabadas,
terminadas. Quiero decir, muertas.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Soy racimo de luz,
puro haz de niebla,
aunque lo quieras tú
no puedo ser perfecta...
Mi ansiedad no termina,
mi amor no se condensa,
soy vida,
idea,
sonrisa,
tristeza,
y todo lo demás. Soy poesía
inmaterial y etérea,
flotante y desleída
como fuente de angustia, en la espera...
¿de qué? de ella, la misma
torturadora esencia
que me absorbe, seduce y aniquila
como la única fuerza.
Por ello, siento en mí como una herida
que soy casta y eterna,
un racimo de luz infinita,
el puro haz de la niebla,
sin perfección, sin fin, a la deriva,
sabiendo que jamás podré estar muerta.

16

Canto mío, para ti, sin nombre

Venía del precipicio,
no cayó en él porque mi voz hermana
le llamó desde selvas y campiñas.

Yo esperaba encontrarle
al margen de los seres, entrelazando mirtos,
como incienso los ojos y como miel su voz
de abeja rítmica
Yo: novia, carne lánguida, melena pensativa.

Esperaba su nombre
sin acento, en la orilla,
nunca en el centro de la propia noche,
siempre cortando estrellas de albos líquenes.

Desde la luna triste de un poema
y en ardiente vigilia
invocaba su piel de unidas voces
Yo: la fuga entre sombras, el final sin principio.

Pero lo trajo el mundo,
el mundo de los hombres y los niños.
Y aquí está, ante mis ojos,
en mis manos que lloran sus diez lágrimas finas,
en la línea indecisa de mis vagas pestañas,

en mis poros abiertos, en la sangre, en los otros,
en este viaje eterno que me trajo a la vida.

Hoy digo, dando gracias a la tierra,
vino de las verdades, del abismo,
y es el grito de angustia, cotidiano,
o la boca sin besos.

También el dulce amor sin nombre
que bajo un cielo anónimo
tiene su eternidad humana, hecha de sueños.

Aquí está, aquí le tengo,
decir que está conmigo
es colmarse los labios de preguntas
y derramarlas luego al infinito.

Aquí está, aquí le tengo,
junto a las razas muertas,
sobre la tierra ardida.

Él, y sus ojos que entornó una noche,
entre el sordo gemir de la metralla,
junto a ese horrible y pertinaz zumbido,
para ya no mirar los ríos de sangre
que corrían
ebrios de cuerpos, almas y sentidos.

Él, con la ciudad de su alma,
donde hoy vuelven a verse torres blancas
con alegres campanas,
y comarcas floridas.

Y él siempre, siempre, porque es él tan solo,
y no lleva la sombra de otros seres
ni el perfume vital de otros instintos.

Aunque a veces, es cierto,
quizá tenga resabios infantiles,
cuando se trae un niño entre los labios
y lo va recostando en mi corpiño.

Las estrellas cayeron al fondo de la noche
y hoy rodean nuestros ojos, tiernamente,
en una irradiación definitiva.

En el centro del mundo
estoy, con el amor, haciendo círculos.
Y todo esto por él: mi pensativo.

28

Ver la verdad intacta,
conjugarla a mi vida como un verbo,
me cuesta el corazón, me cuesta el alma,
me cuesta voz y cuerpo.

Cambio un trozo de luz por una lágrima,
trozo, a su vez, de luz, tibio lucero,
y un nuevo rictus de mi frente pálida
por el profundo pensamiento.

Me va costando todo
llegar al dios eterno.

¡Ah, yo recuerdo mi primer sollozo!
¡Su agua de amor recuerdo!

Desde que supe con divino asombro
que no me era imposible ver el cielo
todo, para ese fin, lo sentí pronto,
todo estuvo dispuesto.

Y el viaje comenzó... De mi retorno
sólo sabrán los frutos y los huesos.

¡Labios, mejillas, ojos,
los ofrendo!

Tomad mi dulce rostro.

Tomad el rostro dulce de mi ensueño.

¿Queréis el tallo de mi torso
elevando la rosa de mi seno?

¡Abridme heridas, pozo
de sangre en el silencio,
para saciar mi sed! ¡Cavad el hoyo
del resplandor, adentro!
¡Oh, lagares de insomnio!
¡Surtidores azules del desvelo!
Sólo te salvas tú, tú que estás solo,
sin mí, desde hace tiempo,
desde que soy la Dolorosa y rondo
en torno al crucifijo de mi encuentro.

Esto que ha sido mi obsesión de siempre
quiero desentrañarlo en poesía.
Una voz azulada, gris o verde
me llega desde el fondo de la vida.

Esto que ha sido inerte llaga humana,
una llaga cavada, aquí, en el centro
de mis días inconformes, de mi alma
vagando por las noches sin luceros.

Quiero entregarle todo en varias frases,
y así volcar mi indefinible angustia
entre el gemir del mundo y de los aires

entre esta sangre que no acaba nunca,
junto a ese dolor frío de los seres
que ruedan hacia el polvo, en la penumbra.

Y repetir la frase eternamente,
la frase obscura hueca: ¡Mi palabra!
En voces altas: la muerte.
Y en voces bajas: la nada.

de
POEMAS 1947-1952
(1952)

La unidad del llanto

Esto soy todavía:
un sosiego turbado por las lágrimas.
Esto fui: una pupila
húmeda, abierta y ávida.
Esto he de ser: el llanto, mientras viva.
Un erguido sollozo me levanta,
me hace andar en las cumbres, me encamina
hacia la azul montaña.
Y allí está la sonrisa
como una flor salvaje que me aguarda.
Veré la blanca flor y será mía,
¡mía!, y tendré llorando que arrancarla
del fondo de mi ser, pequeña y tibia,
de lo alto de la cumbre, pura y blanca.
¡Mía! Y el llanto surca mis mejillas
para que yo merezca su fragancia.

Os conozco de siempre, labios mudos
de voz y de sonrisa,
negra ojera de ayuno
rodeando la pupila
con su cinta de luto.

Te conozco también, ¡oh mano herida
sin pulso
y sin caricia!

Y a ti, rostro desnudo,
carne viva,
que abandonas tu máscara de triunfo
cuando amanece el llanto en las pupilas.

Eres mi propia faz, ¡oh rostro oculto
por vendas de alegría!

Hoy vuelves porque sufro,
te irás con el retorno de la dicha,
pero dentro de mi alma vives turbio
al acecho del día
en que mis ojos mustios
cambien la luz por la ceniza.

La que va sobre el mundo
mirando al sol, ¿seré yo misma?

Y esta cara tendida en el sepulcro
del corazón, que a veces resucita
y se levanta en hálito convulso,
¿de quién es sino mía?

Atienda aquel que dijo
hallar dicha y sosiego
en un sueño beatífico y tranquilo;
atienda a lo que digo y lo que creo.
¿Sabes, nocturno amigo,
a qué cosa en verdad llamamos sueño?
Atiende, hermano mío,
sin pena y sin recelo,
yo, que he soñado, yo, que no he dormido,
te pregunto sin voz desde mi lecho:
¿crees que el sueño protege del abismo,
rescata del asalto y del incendio?
Yo, soñadora inmóvil, no he creído
en mi rostro apacible cuando duermo.
Lucho soñando, sórdida, conmigo,
con un pájaro extraño, con el viento,
con un agudo y afilado pico
que me horada las sienes y el cerebro
y dejo sangre en el cojín y heridos
flotan ardiendo, aullando, mis cabellos.
Soñador y sonámbulo es lo mismo.
Se va entre nieblas, huérfano.
¿Quién hiló las almohadas? ¿El olvido?
La mano movediza del recuerdo
con un sombrío ovillo
y tejió la crisálida del lienzo

con una larga víbora de lino
que se enrosca en el alma y en el cuerpo.
Atienda aquél que alguna vez me dijo
hallar quietud seráfica en el sueño;
atienda a mi creencia, a mi pregunta,
que es la de todo soñador despierto.
Creo en mi corazón, su llama oculta
bajo las sábanas, ardiendo.
Creo en mi sangre muda
corriendo como un río del infierno.
¿Cree alguien en la calma de las tumbas,
en la paz de los muertos?
Quieren creer... ¡No lo han creído nunca!
Descansa en paz, sólo es un gran deseo.
Descansa en paz, pero la paz no escucha;
descansa en paz, pero el descanso es ciego.
La muerte, insomne, mira hacia la lucha
y el sueño es el más íntimo desvelo.

Metáfora increíble:
el silencio
a través de la cual tanto nos dicen
los objetos.
Ninguna cosa es un cerrado límite,
todo puede ser nuestro,
descubrirse,
revelar su secreto.
Esa mudez con que las cosas visten
su faz, no es nada muerto,
vive
y tanto que nosotros como espectros
habladores, volátiles, febriles,
vamos en derredor sin entenderlo.
En un lenguaje poderoso y simple,
sí, tan simple que no lo comprendemos
o tan fuerte que apenas se resiste,
cada articulación del universo,
cada cosa mortal, mínima esfinge,
desnuda ante nosotros alma y cuerpo.
Oíd, poetas firmes,
magos de la canción, dueños del verbo,
escuchad esta voz lenta y humilde
que fluye sin acento.

Soterrado, invisible,
al fondo de una fuente o de un espejo,
contemplad al poeta que sonríe...
¿No lo veis? Estáis ciegos,
estáis mirando cráteres, perfiles,
espirales, columnas, arabescos...
¿No sentís la canción de las raíces?
Si no sentís, al menos
respetad a un insigne
poeta en cada flor y en cada insecto,
poetas que deciden
su forma, sin palabras, con un gesto,
poetas que definen
con la pura expresión su sentimiento,
mensajeros sublimes
que alzan su grito eterno
a través de una imagen indecible,
increíble: el silencio.

**ESTE SANTO NOMBRE
CEMENTERIO JUDÍO
(PRAGA)**

El orden sufre, lo transido acaba,
todo está en blanco, en doncellez, suspenso,
todo está en ave en formación, en ala
aún no rendida a la embriaguez del viento.
A la impaciencia virginal que aguarda
le va creciendo en derredor un lecho
nacido entre residuos que trabajan
con trizaduras de ámbito y de cuerpo.
Destino manifiesto en amenaza,
flecha que se dispara desde un resto.
El yo, en caída vertical, señala
un nuevo rumbo entre su añico recto.
La sombra de una faz entra en el alba
como en un rostro sin tocar y abierto.

La nueva cuna se descubre en lápida
que mece un canto maternal, terreno.
Maternidad primera y subterránea
labrando el fruto en el hervor del hueso,
madre cautiva y tutelar que engaña
cubriendose el jardín con un desierto
de vida individual que luego salva
del hombre, del sepulcro y del espectro.

Madre profunda que los nombres cambia
y toca un surtidor en un cabello,
y dice lluvia cuando ve una lágrima
y llama rosa a lo que fue un cerebro.

Cuando yo digo: falta,
ella pronuncia: acervo.
Si un nombre besa rostros que se apagan,
besando está lo personal, lo muerto,
pero ella esquiva rostros como máscaras
y se dispone al infinito beso,
aquel que liga el coágulo y la savia
en primitivo y cálido concierto.

Bajo los pies no hay muerte sino entraña,
arcilla en gestación y advenimiento
de nueva flor que antes de abrir prepara
y nutre abajo el despertar enhiesto.
El cráneo ya no lo es sino sustancia,
pierde un escombro su sentir deshecho,
juntos coinciden en la comba, irradian
la misma luz de anillo en el encuentro.
Crece la comba en globo, planetaria,
de la ascendente gravidez, y el cielo
mira la tierra maternal que agranda
hora tras hora el círculo y el huevo
donde se empolla un hombre con su larva
como si fuera un mínimo lucero.

«Este era un hombre. Concluyó.» Y no basta.
El epitafio culminó en recelo.
Su historia avanza en árbol y en fragancia.
El hombre nunca dijo: aquí me quedo.
Dijo: aquí dejo mi emoción exhausta
como una rosa ajada sobre el fuego.
Aquí, ante el muro gris, frente de nada
o acaso de inasible pensamiento,

la certidumbre corporal se exhala
en torno, indefinible, como incienso.
Contorno movedizo que se apaga,
brasa quemada en último arabesco.

Ya no sustenta este perfil que horada
aún como ayer la brisa sin sustento,
ya no conforma la invisible llaga
que abren las uñas en el aire abierto,
defensa de una carne que me clava
erecto sobre el túmulo indefenso.

Ya no hay consuelo en la visión esclava
de una mirada que flotó en lo incierto:
formas transidas de ansiedad, mortajas
con que vestí de humanidad mi aliento.

¡Este es mi otoño! En vivida cascada
de hoja mortal e inútil, me desprendo.
Hambre de siglos ávidos me aguarda
desde una fosa en terrenal vocero.
No hay nada que explicar. Hay sólo instancia,
ayuno alerta en insistente ruego;
el cuerpo se despide en su migaja
igual que un pan a orillas del hambriento.

Pensar que sólo soy memoria hallada,
tiempo debido a un invisible dueño
que, inédito, en la sombra me buscaba
como una frente lúcida a un recuerdo.
Siéntome dentro de una inmensa dádiva,
todo el ambiente en torno es como un gesto
de manos extendidas que levantan
y ofrecen mi criatura entre sus dedos.

La tierra pide a todo una añoranza
y todo se lo da en remordimiento.
La soledad que por el hombre, ufana,
devino en gala fácil y ornamento,
erguida en su erosión como una alhaja
y hallando cofre y mano como cerco,
desaparece en la humildad que exclama
ya en su misión de semen e instrumento:
yo vine aquí como mujer,
yo estaba en mi feminidad como en fragmento.

Hubo una historia enorme con su fábula
para tan pobre y miserable objeto:
el grito de una mano entre la brasa;
notábase el clamor y no el incendio.
¡Ay!: era el hombre, pero el mundo abarca
ese alarido que hoy es más, engendro
de hogueras que se cruzan y avalanchas
de una escalera en caracol, subiendo
alígera, impalpable, entre barandas
de huesos que une un forjador eterno.

Hay sólo un mártir nítido, el fantasma;
cede un prestigio al levantarse un velo,
la pompa del racimo se desgarra
y se desborda el río prisionero.
Veste, para la túnica inmolada
no hay ya el reposo de tu piedra, un ceño
fluye de cada pliegue y se dispara
por cada arruga en manantial disperso.
Anda la vida libre y sin mordaza
de piel ceñida a un hontanar violento.

Espacio es puente en que las cosas traban
su antigua relación y su embeleso.
Continuación feliz de la muralla
en un semblante atónito y despierto,
fraternidad de la pared y el ansia,
sienes de cal con pájaros adentro.

Dos comisuras se abren, la ventana,
entre las que sonríe el universo.
Una clausura brota como rama
de la que pende un nuevo nacimiento
Sangra un tumor, la rosa, y se desangra
en carne de otro mundo descubierto.
Todo retorna en despertar e infancia
como después de un minucioso sueño.
La forma humana, con terror de naufraga,
hoy vuelve, aullando, como un mar devuelto
que alza y remueve el mástil y las anclas
como ávidas raíces en ascenso
dejando atrás los árboles. Y avanzan
barcos llorando lianas en su esfuerzo
hacia la primavera de las aguas.
Surge un saludo, un abanico abierto.
Mana una fuente en ascensión confiada
a quien la muerte le rindió el silencio.
Capullos de olas se abren sin nostalgia
sobre ondas de un teclado resurrecto.
Sin ruido va el fragor, entre alborada.
La aurora siempre es un callado estruendo.

El hombre, el heredero

Crestas de anhelo habitan el terruño
que ya no es vientre fiel, sino amasijo
donde una estrella aguarda entre un mar turbio
su amanecer de cósmico abanico.

Ala encerrada en muerte y en diluvio
de llanto neblinoso y confundido.

Legado inmerso en ámbito difuso,
mensaje preso en la erosión y el risco.

El hombre ciego sólo encuentra luto.

La madre ha muerto en derredor y el hijo
vaga implorando un resplandor vetusto
y abre las verjas de un jardín marchito.

Carne sin fiebre bajo un cielo abrupto,
chispas de arroyo en último asterisco,
grumos de zarza y coágulos de arbusto...

La fronda añora el devenir y el ritmo.

El agua pierde el corazón y el pulso.

El viento se desplaza en el abismo
donde no hay hojas que azotar ni musgo
pasivo que se otorgue a su mordisco.

El fuego llora llamaradas de humo
sobre una hoguera exhausta y su residuo;
palpa cenizas y ambiciona un muslo
de leño fácil en que hundir el pico
de pájaro vibrante e iracundo.

Y en medio al blanco y potencial vestigio
de huella y hueso en que un amor oculto
ofréndale el tesoro prometido,
el hombre, el heredero, pide el fruto
que ha muerto con la madre y el racimo.
Derroche de ansia ante el espacio mudo,
gallos sin alba y sin razón de grito.
¡Madre!, le pide al tuétano y al muro
y encuentra sólo un territorio extinto.
¡Madre!, reclama el huérfano en ayuno.
Dientes sin presa invaden el recinto
que ya es un paladar y no un refugio.
El pan no es obediente ni continuo.

Pero a un terreno grávido y profundo
baja la madre y ábrese el corpiño
donando el pecho y el pezón a un curso
de arroyo dócil a estelar latido,
y llénase de sangre y de un susurro
que el hijo apaga entre el estruendo esquivo
de: ¡madre, has muerto!, y trábale un difunto
el paso recto al horizonte vivo.
El hombre está en la muerte de un minuto
y ve la soledad donde hay principio.
Desierto es nombre y porvenir de un mundo
y desamparo es nada más que el sitio
que ofrece un cuerpo trémulo y desnudo
al nuevo aliento en médano propicio.

Solemne desnudez, primer saludo
al astro en cierne desde un gesto antiguo

que otorga su raíz para el capullo.
El cero no es la ausencia sino el círculo
de un huevo en trayectoria y en transcurso.

La hazaña empieza en despedida su himno
y deja un campo desolado y puro
para sostén de asalto y orificio.
Pero el desierto enlaza como el nudo
del último poder en cuyo asilo
no hay nada por reinar, sino lo que hubo;
reina el pasado en árido espejismo;
si una presencia real rompe su embrujo
le robará las sienes y el dominio.
Quede reseco el campo y errabundo
mane el recuerdo en arroyuelo exiguo.
¡Madre! La lengua en torrencial conjuro
pide un espectro escaso a lo infinito,
un cuerpo inútil y un embrión de lujo
con que poblar su infancia y su exterminio.
El orbe arde en crisol y en vientre lúcido
y el hombre implora fuegos de artificio.

Silencio. Nada. El caracol nocturno
recoge el trueno y ciérralo en su oído;
la sombra sella el tránsito absoluto
y el hombre queda fuera, con su aullido,
sin llave, en el umbral de ébano injusto.
Carbón forjando el rayo en el cilicio,
puerta de hollín impávido al influjo
señalan en cerrojo y en designio,

que el seno original, cielo sepulto,
no da su carne para hinchar un mito.
La mano prende en el portal adusto
terco tambor inválido al mutismo.
Dentro germina la respuesta, arrullo
de un fuego maternal que alza en ovillo,
desde la nebulosa al plenilunio,
un brote sideral recién nacido.
Cadáver en crisálida, en reflujo
de cráneo a estrella y cráter a pistilo.
Para quien pide un ramillete mustio
el cáliz estelar semeja olvido.
Y el hombre llora en un derroche nulo
como si el llanto le prestara abrigo.
Harapos de cristal, diamante insulso;
se alberga en llanto, pero está cautivo.
Pánico virginal, pudor iluso
del hombre atado al páramo en delirio:
prefiere el llanto al cambio porque es suyo
y en él se afinca con temblor de niño,
pues siente que, hondo, en el hollejo oscuro,
acecha el sol de un óvulo imprevisto.

Mas sube a su orfandad como a un impulso
de parto nuevo sobre amor cumplido;
camina en el dolor hacia el futuro,
llora y no sabe que su llanto es signo
porque el temor prepárale un tumulto
de heridas que aran para el pan y el trigo.
El máximo aguijón en golpe rudo
asciende al rostro en ráfagas de instinto

y embiste vendas, témpanos de orgullo,
sueños de arena y cárceles de vidrio.

El cuerpo, al perder cáscara y recurso,
se entrega a un tacto sabio de martirio,
ya sin consuelo, célibe, impoluto,
pero sediento, cóncavo y sumiso;
un hoyo abierto frente al pasmo agudo.

El estilete avanza al precipicio
y toca fondo y tuétano convulso
en un intento atávico y nutricio.

Desgarradura para el riel y el surco,
sangre que corre en dirección de alivio;
al mástil roba el mar su tallo enjuto
y abre las velas en inmenso lirio.

Huye la encarnadura del sepulcro
dejando un beso yermo en el añico.

Polvo aguerrido se dispone al triunfo,
polvo de polen, semen submarino.

La mies levanta un horizonte rubio
y enjúgase el sollozo en el rocío.

El hijo se incorpora en lecho húmedo
como en pañal de pasto primerizo.

Descubre, a tientas, un pezón, un bulbo,
vagos relieves de un portal rendido,
hojas en nebulosa y en columpio
y un globo irguiendo en el vaivén su nimbo.

Henchido nubarrón, ramaje plúmbeo,
va dando a luz su médula en granizo:
lunares verdes que resbalan, zumo...
El dedo vegetal lanza su anillo

como fluvial simiente al claroscuro
y el ojo avanza al corazón del río.
Matriz de cascabeles, vientre buzo,
teas inmersas en metal caído,
y hombros de peñas bajo el chal sulfúreo;
ave latente en caudaloso trino,
plumas que teje el manantial profuso,
despeñadero de alas, remolino...
Caos visual, lagunas de carburo,
el ojo nada en un cansancio líquido
buscando en borde sólido e hirsuto
parto de orillas, bejucal bravío.
Chispa, sonrisa, mágico segundo,
semblante iluminado de improviso.
Despéjase el enigma en el cocuyo,
después tiniebla, víspera, extravío.
Marea, sombra y luz, contraste mutuo,
engendro paradójico y mellizo
que al fin culmina en resplandor ebúrneo.
Párpado abierto, amanecer bendito.
Un pájaro en cometa es el anuncio
de un pez de plata en redes de macizo.
Primera estrella, pálido molusco,
nupcial entrega, mármol en deliquio,
orquídea blanca, un sexo en el connubio
de flora y viento bajo un sol preciso.
Sol, rayo recto dirigiendo el rumbo.
Quiquiriquí de aurora en alarido
cede su lumbre real porque el mendrugo
deja la mesa libre para el sitio
de nube fresca y arrebol jocundo.

Alba de pluma es despertar de un nido.
La garza abre su página en el junco
y un salto va del quiebre al equilibrio:
puente aristado, tránsito cerúleo,
cangrejo azul, ¡un cielo en el vacío!
Escobas de oro hacinan taciturno
lastre de noche y agua en torbellino;
levanta el morichal, como un tributo,
en el penacho, el cascarón sombrío.

¡Sea la luz! Y bríndela el totumo,
primera comunión, ánfora en rito,
por cuyo manso y tutelar embudo
corre la sangre en bálsamo y en filtro.
Orgía, fiebre, arterias en carbunclo,
grey de resina y huestes de granito
donde arrancando en leviatán y en pulpo
con garfio en llama y chorro movedizo,
cunde la trinitaria como un puño
de fuego en busca de ara y sacrificio.
Grutas, sitiales para el sueño, músculo
que ofrece piedra el glóbulo rojizo;
palmera de rodillas, rezo curvo,
doblada antorcha, dócil obelisco.
Leonados estandartes para el culto,
bambúes, barbas de agua, vellocino;
ubres de rosa enhiesta en el escudo
que alzan vergeles en vernal solsticio.
Pulpa dentada, trinchador purpúreo,
cetro salvaje, cántaro votivo,
hoguera de ananás, diablo recluso,

mar bermellón extático en erizo.
Canícula y fervor de un cuerpo súbdito.
Criatura en siembra, próximo prodigo.
Leño de carne en holocausto fulgido.
Caney de paz, almacigo divino.
Tótem de arroz sobre el terrón moruno,
perla frugal, collares en hechizo...
Helecho manso, dúctil e inconcluso,
araña vegetal, alado anfibio,
transfigurado en eslabón rotundo
al fin acaba en hombre tu destino.
Aroma, madurez, plátano diurno
volcando en cuerpo abierto como en siglo
trópico en leche de hontanar fecundo;
madre colgante, sísmico cilindro.
El hijo besa el maternal efluvio
que vierte un mango desde un seno invicto.
Añil de mediodía, azul adulto.
El hombre deja infierno y laberinto
de llanto opaco y rostro moribundo
y sale huyendo del sopor y el limbo.
La selva emerge en sombra y en murmullo
y Adán recobra, ilesa, el paraíso.

El mismo yo, mas caracol

Caracol, el hermano,
el mismo yo, mas caracol. Concisa
su forma sigue sin barniz ni estrago
para que el hombre sufra un alma rica,
un alma suya en el vellón y el gajo,
íntima, inmensa, siempre en sed y ahíta.
Así construimos un lugar humano,
pero tan lleno de él como de brisa.
Inventamos
una pared de cal... ¡y tan distinta!
Un muro nuevo, ¿raro?
Sólo en su fresca soledad continua.
—¿Soledad, otra vez lo solitario,
otra vez la distancia? ¿Y la caricia?
— Cálmate, amor: lo nuestro es lo lejano,
toca el largo perfil, la piedra lisa
dice por voz de su vigor: yo te amo.
La forma singular es la infinita.

Presunto sortilegio. Sólo alcance.
Belleza, nada más,
abre la boca y es un cráter
y el umbral
y ya todo lo abierto, semejante.
Paz, ardiente paz, lógica paz.
Calma: pasión que sabe su combate,
luchar
por una rosa, pausa en el desastre,
por el menos y el más
Menos: inmensa perspectiva de alguien.
Belleza, para ti la eternidad,
ayer, ahora y luego. No hay instante.
Sí, para ti vivir sin terminar,
que todo aquel que muere es un cobarde.

Recuérdate, palabra,
como eres, como estás, pulcra y redonda,
no el agua mas en agua y tras el agua
y con el agua sin más pie ni alfombra.

Con rayas rojas cambiaremos mundo.
Con una exactitud que nos desprende.
Con tan alegre número
que contamos, al fin: somos mil veces,
dos mil, tres mil, siete mil veces.
Y cada cifra siéntese en el uno
como el uno también y con sus creces.
Con palabras ausentes de conjuro
digamos: ¡sol! exacto, y amanece.

Para construir la sola cosa pura
hay que ser ella y resistir en ella.
Estar a solas con su espera oscura...
¡Los cinco picos duelen de la estrella!
Gestándola, y no sólo en la cintura,
mas vientre y voluntad no hagan querella
que si aquél dice: lego su criatura
aquélla le responde: si destella
que no basta el dolor si no procura
algo distinto a su cantada huella.

Estar afuera es como estar adentro
de inagotable intimidad creadora.
No es perder cuerpo, es descubrir un centro
mayor que lo interior que nos demora.
Estar afuera, a pleno sol, al viento...
La noche ya no es más la mediadora,
pues nos une a través de un mandamiento
de sombra impuesta que se ve o se ignora.
Escogida es la unión desde lo intenso.
Vivo nivel estalla con la aurora
y enlaza lo profundo con lo inmenso,
pues cada ser deviene lo que añora.
Y queda un solo ser, un gran suspenso,
mas el hombre lo sabe y lo atesora.

de
LA VARA MÁGICA
(1955)

Génesis

Bajó tu niño de su luz de infancia
y cruzó, silencioso, mi camino.

—Voy en busca del agua;
tengo sed de cariño—.

Y su voz era un ánfora
tendida al fresco manantial amigo.

Yo, sin ti, le escuchaba,
y al pronunciar tu nombre fue el prodigo:
descendió del ayer la voz de su alma
como una sombra desde un óleo antiguo
y derramó, sutil, su forma vaga
en torno a mí, como un incienso vivo.

En sus manos vi el ala
del marfil y el olivo.

—Hermana
—dijo—.

¿No hay en mi frente una señal que sangra?
No temas... ¡Soy el niño!

Quiero saber del árbol que dio savia
y no puede engendrar raíz de olvido.

¿Nuevas mieles maduran en su entraña?

¿Soy, en su corazón, pájaro y nido?—
Tan sólo de ti hablaba,

pero su acento lo encontraba mío.

—Aguarda

—dije, y volqué mi voz por el recinto—.

—Del árbol de tu fruto soy la rama—.
—Háblame, entonces, de su aroma tibio—.
¿Pude negar la fábula
de cielo y tierra al hijo
y olvidar la nostalgia
por su paso, su aliento y su latido,
o desechar que le amas
con un amor que siempre va contigo?
Aguijón, mi palabra
hirió la pulpa virgen del vacío
y, súbito, en la estancia
brilló un sol melancólico y divino.
—¿Quieres abrir la página
primera de mi libro?—
Y mientras una lágrima
daba a sus ojos el fulgor extinto,
resplandeció la pátina
polvorienta de un siglo.
—Había una vez un rey, un duende,
una sirena, un silfo...

Caperucita roja

Corazón,
caperuza encendida,
te pregunta mi voz,
te pregunto yo misma,
y junto a mí, en la noche sin amor,
te pregunta también la voz querida:
—Corazón,
caperuza encendida,
reloj
de la hora infinita,
¿hay eclipse de sol
en los cabellos de la niña
donde brillaba la celeste flor
y la encarnada cinta?—
Y yo,
ebria de sed, apuro cada sílaba.
—Las puertas del ayer están abiertas
como las páginas de un libro.
Láminas y leyendas
emergen del olvido—.
Y mi mano convulsa
tiende a cerrar la página maldita.
—Corazón, caperuza
secreta y encendida,
¿no recuerdas la lluvia,
el bosque en flor, la viña?

¿Un racimo de angustia
maduró tu vendimia?—
Respondo a la pregunta
como mi propio corazón que oscila:
lágrima sin azúcar
y gajo sin almíbar;
un vino de lujuria,
un néctar de lascivia,
uva
en agraz, de instinto.
Soy cadáver en pie, ya nunca, nunca
habrá rosas de amor en mis mejillas;
sobre mi frente mustia
las varas de los nardos agonizan.
Mi cuerpo es una tumba
donde entierro con vida las caricias,
una tumba mortal sin la ternura
de dos brazos en cruz sobre sus ruinas.
Nadie tuvo la culpa...
Quizá el odio, la farsa, la mentira...
¡Iba tan sola aquella tarde rubia
de sol sobre la espiga!
Despertaban la oruga
y el gusano,
la larva
y la semilla.
El campo
era una inmensa y cálida sonrisa.

Desde una piedra informe me llamaron...

—¿Quién te pidió la fruta,
el pan y el vino?

¿Quién te llamó en la sombra, Caperuza,
corazón encendido?

—La locura
desde un profundo abismo.

—¿Y después? —¡Ah, después me vi desnuda!
Toda mi carne joven como un lirio
giraba entre las fauces de la ruda
bestia de la crueldad y el egoísmo.

Loto en el agua turbia.

Diamante azul en sótano sombrío.

Nadie escuchó mi súplica
y mi grito.

¡Lobo de astucia
y vicio!

—Corazón, caperuza
secreta y encendida,
¿por qué vuelves los ojos a la bruma,
por qué inclinas la frente hacia el granizo?

—¿Dónde quedó mi cesto, la azucena,
la amapola, el jacinto?

¿Yacen, ajadas, en la tierra,
como símbolo
de tu ausencia,
de mi destino?

—Corazón, Caperuza
secreta y encendida,
¿dejas la historia trunca?—

Que lo demás lo cuente la ventisca
cuando su mano húmeda
te recuerde la mía
al caer en la tuyá;
el manzano fecundo que tú amabas,
la poma abierta al cielo y a la brisa,
el bosque, y el retoño, y la montaña
sosteniendo la estrella vespertina
o gris de la mañana
y nuestra noche y día.
Todo,
mensajero de amor, irá a la cita,
y besará tus ojos
en mi nombre y tus sienes de amatista.
Menos mi corazón sangriento y solo,
caperuza encendida,
porque eso, lo demás, es lo más hondo
de mi vida.
Campana del sollozo.
Lámpara de vigilia.

La Cenicienta

Habla la muerte en derredor; escucho
su voz en la agonía
de nuestros pechos juntos
de nuestras manos fuertemente unidas
en nudo
cuya cinta
dilata un solo rumbo
para cruzar la vía
indecisa en el mundo,
para marcarnos una huella viva.

Habla la muerte en derredor, la escucho,
la escuchas, de rodillas:
—Desciendo, en espiral, del viejo folio,
del olvidado, añeo pergamino,
en la estela de polvo
y el rastro de humo antiguo.

Resbaló del barroco
portal de terciopelo de algún libro,
de las hojas con pátina de otoño,
del marfil silencioso del papiro.

Soy un aliento vago y melancólico,
un hálito marchito.

Perduro en el marmóreo
regazo de la ruina,
en los senos dormidos del escombro
de una pálida estatua pensativa.

Conozco

el misterio del pámpano y el limo,
de la nube al quebrarse en un sollozo
fluvial cuando la hiere el rayo lívido,
y resido, a su vez, en el retorno
de la vida mortal a la otra vida,
la del perfume, el árbol, el arroyo
y el pájaro en la brisa—.

Sintiendo su aletear, sobre mis hombros
crece un ala de sangre sin mancilla.

—Yo soy el gesto del adiós y el soplo
del corazón sin compañía—.

Oyéndola, mi rostro
se enciende como lámpara votiva.

—El húmedo pañuelo en abandono,
la carta que consume una bujía,
el turbio espejo, naufrago en el moho,
y en el que apenas brillan
altos y negros unos ojos
que se miran
los unos a los otros—.

¿Acaso tiemblan mis pupilas?

No. También mi verdad bajará al fondo
de tu sótano, muerte, de tus minas.

Rescatará el diamante en negro foso
y ha de elevarlo al cielo, estrella tibia,
señal para que dé a su nombre propio
y a su fecha mortal la despedida,
y renazca en el todo

eterno, sin aurora y mediodía.

Por eso te contiene en pena y gozo

mi cuerpo, leve cántaro de arcilla;
por eso eres estatua de mi asombro
y no de mi pavor, ¡ah, muerte viva
que no estás fuera sino aquí, en el hondo
ser de los hombres donde la mentira,
el desprecio y el odio
te cubren, te amortajan, te vigilan,
como si fueses a morir de pronto,
muerte, porque te olvidan!
Igual que si olvidase yo mi torso
y mi cuello y mi espina
dorsal que es una mano sin reposo
tanteando la muralla sensitiva
de nervio, sangre y poro,
para dar a la luz su huesa limpia.
¿Qué mensaje fatal, qué denso prólogo
anteceden tu alada poesía?
—Antes se toma sorbo a sorbo
la arteria de la viña,
antes hay que dejar como un despojo
carnal, la zapatilla.

El pie, desnudo y solo,
ha de subir a la colina,
sin rosa ni abalorio
ni cinta;
el pie descalzo como vino al cosmos
en su lejana danza primitiva—.
En mi pie resplandece el chapín de oro.
—Lumbre fugaz, fortuita
que en breve instante cobro

para insinuar mi luz definitiva—.

—¿Cómo, cómo te nombro?

—Cenicienta,

ceniza,

tu propia carne, tu futura ausencia,

¡tú misma!—

—Pero yo soy hoguera,

llama, pira!

Un volcán que se eleva

hacia su propia ráfaga encendida.

Estalla el corazón, incendia, quema

como un carbunclo de alegría.

Soy la hora, la sed,

y la edad sin arrugas en la cifra.

—Muerte es edad también,

la edad pura, divina,

del nardo y el clavel,

la amapola y la espiga.

Una edad sin mañana y sin ayer,

más allá de las noches y los días,

perfectamente fiel,

eternamente niña,

que se cumple después

del sueño y la vigilia,

cuando una rama de laurel

nos corone la frente mortecina

y la sien

amarilla y los cabellos, red

ya sin agua, sin peces, sin orilla—.

Calla la voz; mi corazón absorto

ve un anillo dorado que extasía:

en lo alto de la hoguera un disco rojo
¡gira!

Me cubre el cuerpo un resplandor redondo.
¿No es el hada madrina?

El lagarto y el sapo bajo su ósculo
son lacayo y carroza diamantina.

Hora primera de silencio y plata.

Hora segunda de cristal y euritmia.

En el tercer peldaño de la gracia
pierdo la zapatilla.

La Cenicienta por mi carne asciende
dolorosa, descalza.

¿Qué ráfagas de fiebre
llevaron su sandalia?

Dormitaba la muerte
en el lecho de mi alma
un sueño exangüe, estéril,
que ahora toca su pausa.

Glacial almendro en derredor florece
brindándome la sombra y la fragancia.

Pero mi tardo corazón se yergue
sobre el fin, como puño ensangrentado
por silencioso manantial rebelde,
y desde la corteza de mi cráneo,
fruto mortal, la mente,

pulpa también de entrega y de contacto,
no concibe, no entiende
un retorno sin tiempo y sin espacio,
porque la vida siempre
es ser algo:

ser la rosa o la fuente,

ser la casa o el árbol.

Desde el uno que somos, ¿se presiente
el cero anónimo que aguarda
como un oscuro huésped
sin estancia?

Asciendo hacia la nieve
de la invernal montaña.
No me hieren la sierpe
ni la zarza.

Sobre el césped
mi pie desnudo danza.

de

LOS ESTETAS / LOS MENDIGOS /

LOS HÉROES

(1958)

Los estetas

2

Amamos lo que está condenado, pero sabemos elevar lo humilde. Sabemos que ni nosotros ni el amado encontraremos fin, porque hicimos destreza del desgaste. Sabemos que cuando el Viento mueve la cortina del gesto y aislamos el abrazo como a un raudo rescate, el Viento desconoce que allí nos marginamos, que allí somos los castos, los rebeldes, un fuego ya atrapado y apacible.

El Viento nos permite un sosiego, nos perdona un desliz, un privilegio, pues sólo mira que el amante ahonda, que se entrega, obedece y no se ama... Pues el Viento persigue solamente que el móvil, el fugaz, el frenético amante no reconozca el brío del vestigio.

Pero el amante sabe que allí no habrá derrota sino breve renuncia. ¡Oh majestuosa concesión! Un reacitol se extiende a lo largo del trance. Préstamo para el polvo, acuerdo astuto con el polvo, cede el amante, sabio esclavo, todo su celo de presencia al rapto para que el caos logre un equilibrio.

Sabe el amante, lúcido vulnerable, que él se aparta un segundo, que él se aleja, sutil, de sus niveles, para atajar la astilla prendida del relámpago, para teñir la nada con su júbilo y ser, ebrio influyente, el aspecto lozano y dorado, la nítida sazón del gran suicidio.

Y el amante que sabe, retorna de su polvo ya tatulado, de lo común que él hizo intenso, con la indolencia de su plenitud. Es el dejó opulento de su abono. Sostiene el ademán de quien detuvo la multitud de ráfagas amorfas que tentó, sublimó y contagió. La impregnada ceniza lo escolta y, él, con grave fluidez de yacimiento, descubre que su amor ya no es una presión sino un prestigio.

Lo único que hacemos es aceptar la ráfaga, pero esa aceptación ya mide el ritmo y hasta lo desorienta. Porque somos las víctimas creadoras, una fragilidad que se ensimisma, una ceniza infiel que se retrae, un polvo que, al erguirse, lleva su esclavitud a la proeza. Quizás cuando el gran soplo nos arrastra, tiene que descartarnos un segundo. Quizás entonces percibe que hay algo que le cansa como un ala más densa. Somos entonces como un aire erguido. Pues lo único que hacemos es comprender que nadie nos pregunta y, sin embargo, dar el cúmulo como si fuera una respuesta.

Porque lo único que hacemos es comprender que nadie nos distingue, que nadie nos señala, pero entregarnos como una antigua herida imprescindible, como si nos llamaran, ya no desde la muerte sino desde la súplica, ya no desde el instinto sino desde el amor.

Lo único que hacemos es socorrer lo estricto para que se humanice la indigencia.

He allí nuestra modestia maliciosa. Porque existe un vacío que se exalta, y hay una muerte que se cree legítima y hasta un prurito honrado en la intemperie. Y allí es donde pesamos. Allí donde hay andrajos sin hechizo, allí donde hay cadáver sin acción ni agonía, allí es donde pesamos y estorbamos como residuos plenos de reserva.

Los mendigos

1

Escoria azul, mendigo,
tiendes la mano ante el violento muro,
y te dan, como trigo,
misterio en su relámpago maduro.

¿Qué es lo que admites hambriento que nos pones a entredicho? ¿Qué es lo que adquieres yermo, que nos pides expuestos y dispuestos a un tenebroso y máximo contacto? Dócil recuperado en lo devoto, por la nueva consigna de un mundo sin fronteras, subrayas nuestro ser en un cariz más fofo y quebradizo. Experto, ¡una vez más tus escarceos! Doce mil vírgenes atienden.

Horadadas, las mansiones erectas de los más sentenciosos ven progresar un hoyo en sus almenas.

La imperfección, despierta, se conduele.

Y ya le están preguntando al gran polvo usurero quién es el hoyo que pretende gloria.

Saben que tú prolongas. Saben que tú, con un andrajo, cubres la precisión del calendario.

Experto ¡a tu maniobra! Doce mil vírgenes cautas, sienten que un filo extraño se cuela en sus gavillas apretadas, segando el trigo párvulo. Cultiva esa apertura... Doce mil vírgenes escuchan.

Los héroes

1

El polvo es nuestro fijo patrimonio. Una herida, una edad son las señales de quien resiste a solas, aparte y en un sitio, su abolengo. Y porque estamos dibujados, como un hosco relieve sobre el polvo, este se nos olvida... Y ese olvido se imparte, prodigando. Allí un jardín, allí los pétalos que se abren y que sólo sostienen un polvo que se estrella.

Y porque reflejamos lo legado, pero en medalla mesurada y pulcra, el polvo se revela y se retrata, curtiendo ese semblante que lo bruñe, con el cambio, la duda y la experiencia.

Pero la herrumbre tiene quien la limpia. Y entonces el olvido es un mandato.

Alguien que se descubre inexorable atisba un ancla oculta en el suceso.

3

Somos ruptura. Imitamos al tiempo para llegar así a lo eterno.

Vivimos a la sombra del polvo pero le damos techo.
Y el techo crece cada vez más pero el polvo sigue sor-
prendiéndose.

Cruzada contra el polvo. El inconforme cambia la fisonomía anónima. Forma un entrecejo. Es una hierática anonimia. Una belleza desahuciada. Como una horda se incorpora. Pesadas espumas de esqueletos.

de

POEMAS DE UNA PSICÓTICA

(1964)

Los poemas comprendidos en «Diablos», «El ángel» y «El espectro» pertenecen a la psicosis que padecí.

«Plegaria», «Casi silencios» y «Lo máximo murmura» son los poemas de mi curación. Lo fugitivo, porque se agota, se repite. Sólo lo verdadero permanece. Me alegra saber que, aun durante el sufrimiento de mi enfermedad, yo continué siendo poeta.

IDA GRAMCKO
Caracas, diciembre de 1964

Diablos

El diablo espatarrado apareció. Con tal naturalidad que parecía haber estado siempre. Una greña encarnada le colgaba de la pierna izquierda. De resto, no podía versele el color. Era de humo. Quizás siempre estuvo allí, sólo que otras apariencias le velaban los miembros humeantes. Se acercaba. El terror es como el amor: se anuncia por un vértigo. Sólo que el amor —caída clara— asusta como el acantilado o el océano. I el terror sólo cae. Sin abismos redondos. El diablo de pizarra se acercaba. De cerca podían versele los omoplatos especiales cubiertos de pelillos grisáceos y luego, en un relámpago helado, los metálicos cuernos.

Resonó contra el muro su aletazo de zinc. I, al acercárseme, se rió. Vi su quebrada dentadura de onix. Entonces se tendió por los suelos. Corrían por el piso sus cabellos de brumas infernales a los que se adherían ratones y telarañas viejas.

Se pueden abrir las puertas a los hombres. A las mujeres tibias, cargadas de criaturas. A los niños con globos. Pero los diablos aparecen.

Estás ensimismado en la rama de boj, en el remiendo de percal, en los huevos que blanquean, como una tiza, la trama amarillenta de los cestos, y algo te hace volver y es el diablo nervudo, espatarrado, que ha entrado sin que abrieras la puerta. I entonces has de recibirlo y acaso darle de tu pan porque ya se ha adueñado de ti misma y tú sientes por él algo más crudo que el silencio: el miedo.

Los cuernos de color de marrano los frotó en la lana tejida durante muchos años para protegernos del odio y la intemperie. I se pulió las uñas de un alambre diabólico con el mismo cuchillo con que mondabas la manzana que te sirvió para ahuyentar la fiebre. Crujía todo. Especialmente cuando se movía, desparramando un polvo maloliente. Pero ya era algo tuyos, inexorablemente tuyos. I te iba poseyendo, mirándote con sus ojos colgantes y plomizos y de pronto te asió por la cintura y tú querías huir pero le pertenecías por entero, porque somos también de lo que huye, de lo que impreca y hiere. De pronto, te soltó. I tú estabas, a la orilla del mar, bajo un cielo con gruesos nubarrones, cubierta de ceniza, temblorosa de pánico y no reconocías ni la forma delgada de tu mano con que solías alisar lo absurdo. Te investía la diabólica niebla.

Bejucos pantanosos, mogotes verdinegros, gramíneas enlutadas... Todo ello parecía el cuerpo mientras el cabello le caía hacia atrás, ondulado, verdoso, pestilente, como de coles rancias. Tenía la mano vegetal y las diez uñas le colgaban de los dedos fibrosos como diez sucios jades. Las vigilaba como joyas. Andaba a tientas con sus manos verdes como si fueran de berilo. Se observaba los dedos herbosos con regocijo íntimo pues la alegría no cabe en los demonios. Tienen sexo excesivo. Todo es afán de posesión y orgasmo. El sexo de este diablo colgaba como una planta parásita. Se reía, con su risilla ajena de todo cierto goce, agitando uno de los índices verdes donde relumbraba una esmeralda. Pero su risa fustigaba. Pues la verdadera alegría es para los que dicen: yo dejo esto, lo abandono, pues será más hermoso sin mí. O para los que expresan: hoy he mirado el sol pero no tengo nada.

Hay el rojo del arcoíris, el de los astros, el de las guindas, también el de los labios. Las manzanas se encienden en el cesto, en el árbol, igual que un círculo de llamas. Hay el rojo del pez, del cardenal y del geranio. Son los rojos que asombran pero que nunca atemoran. El rojo del rubí, del fósforo encendido, el rojo del amor que ya no trae el sueño sino el hambre. Todo eso es la rojez para el hombre. I el hombre puede ser siendo rojo contando con el azul del cielo, la escarcha de palomas y el día soledoso y diminuto del canario. Porque lo rojo nunca se mantiene en nosotros. El fuego lento que consume a un cuerpo es casi como un humo de amapolas. Se metamorfosa en gestos y palabras. La voz y el ademán conducen lo encendido hacia un color de pata de paloma. Lo que se dice es arrebol. Lo que se actúa, como soltar la rama cargada de begonias. Cuando anhelas un cuerpo, el tuyo se estremece y no es amanecer sólo un ocaso sencillo. Si se miran los ojos que se aman es como ver un vidrio rosa o sentirse invadido por una pulpa de granada. Mas ¿cómo lo encarnado puede también poblarlos e invadirnos? Es cuando ya no tenemos ni un recodo sonrosado en la carne, algo que atenúa la calentura, los deseos o la rabia. O cuando todo está ceroso, amarillento, deslucido, como una esperma en busca de las ascuas.

La silueta se dibujó primero en el umbral. Pensé que se trataba de un incendio. I busqué, me pregunté a mí misma, semejante a los muros de cal, fríos y pálidos. La diabólica encía carcajeó. I entonces fue que vi los pesados carbunclos asidos a los cuernos y las manos ardientes, extendidas, punzantes como absurdas guanasnas. El mentón, como teja increíble, le sobresalía del rostro rojo. Como una fresa enorme, rugosa, tenía la piel que extendió por mis suelos con

ruido muy áspero. Era un pesado cuerpo de ladrillo diabólico. Porque era un diablo. Tampoco esta vez le abrí la puerta. Tenía miedo de todo llamamiento desde que estuve con el verde diablo. Pero éste recalcaba su presunta hermosura. Extendía en el piso sus cabellos como chorreantes llamaradas. De su boca salía una oscura saliva vinoso. Sus dedos se agitaban cual cerrados y satánicos rábanos. Nunca puede saberse cómo un diablo penetra en la casa. Cometes un error y ya tienes el nudo en la garganta. El nudo, que es el miedo, como un ovillo rojo que de pronto te atenaza en el cuello. I si sollozas, es inútil. Los sollozos se pierden como el odio. Una cosa he sabido desde hace mucho tiempo: que no hay un paliativo en el sollozo, que nadie florece tras las lágrimas.

(...)

El ángel

Un Ángel nunca tuvo aureola. Eso es tan irreal como pensar que, cuando se ama, el amor quema sin humedecer. Porque el amor es agua y fuego. Arde la hoguera adentro y de los ojos mana un tibio manantial. Una aureola, además, es mucho más palpable que un redondel de luz. Tanto así que si el Ángel poseyó alguna vez un círculo de oro en torno a su cabeza, se la dio a un niño para que jugara. I ahora el niño lanza ante los hombres un gran aro resplandeciente.

Una aureola es muy simple. Puede aparecer, como rosquilla, entre las hogazas de pan. Pero si la muerdes, desde luego, el cuerpo ya no quiere pernoctar y los ojos permanecen insomnes, mirando las libélulas.

Un Ángel no tiene rizos rubios ni espada fulgurante. El que estuvo a mi lado tenía los cabellos igual que un aletazo de penumbra y, si llegaba el día de luchar, utilizaría los puños pálidos. Pelearía con sus manos cuyas muñecas ambarinas estaban levemente recorridas, lo mismo que por briznas enlutadas de noche, por un oscuro y suave vello.

Un Ángel tampoco tiene túnica azulencia. Eso sería suponer que pertenece a un reino vagoroso donde abundan las ninfas, las sirenas, las hadas. O al castillo del mito. Pero un Ángel está sobre la tierra. Lo único que lo aparta de las otras criaturas es que pisa con una soltura singular y desciende con brío sereno los

peldaños. Acaso porque siempre le ha tocado bajar a la conciencia. I la conciencia es una escala retorcida, llena de agujeros y cubierta de yedra.

Un Ángel no se calza con sandalias doradas. Ni lleva el pie desnudo, sonrosado como el arrebol. Un Ángel es humano.

Yo pensaba encontrarme con un ser intrincado y centelleante. Porque yo amaba el artilugio. Soñaba con los gnomos, de enorme gorro pardo, ocultos en la yerba como hongos, o en las estalactitas que formaban, sobre las cavernas selváticas, los cuerpecillos cristalinos y agudos de los duendes. Pero hoy todo eso terminó. Porque cuando se sufre, puede que el sufrimiento raye un día en el caos, pero llega una noche en que se topa con la realidad. I desde ese momento sólo la realidad puede ser magia. Un alarido, una sonrisa, se descubren como seguros sortilegios. Porque cuando se grita, también se transforma el horizonte. Se convierte en garganta o en eco. El único prodigo es la mano que abarca otra mano. No hay que añadir embrujos. Es suficiente contemplar un semblante deseado, para que un doloroso milagro se produzca: saber que no es bastante el deseo. Basta el amor para el hechizo. I aun en el dolor, o sobre todo en el dolor, nace lo insólito. Lo que está desgarrado concibe reciedumbre como un soberbio y nuevo encantamiento. Si quieres percibir lo inaudito, golpea la cabeza contra el muro. La cabeza golpeada se erguirá y te parecerá legendaria. Tan esencial será su fuerza.

Este Ángel no era, pues, ni un tritón ni un endriago. No poseía nada de monstruo escamoso y reluciente. Porque un Ángel es lo mismo que un hombre.

No es de tul sino de carne y hueso. Sólo que habla un lenguaje lejano como el de una criatura que ha platicado con la lluvia. Pero no se escuchaban campanas cuando hablaba. Ni trinos. Ni melodía. Ni truenos. No era tampoco como oír el mar que bate contra las duras peñas. Era, más bien, como escuchar un agua que pide copa que llenar. Yo le ofrecí mí oído, vaso de vidrio roto, y escuchaba quizás sin entender, pero me iba sumergiendo igual que en un arroyo donde se reflejan, luminosos, los álamos.

Contemplaba su frente de piel, pensativa y muy blanca, y me asqueaba pensar en el azúcar. Pues la total dulzura nunca cabe en los ángeles. Han conocido el viento. I desde entonces poseen entre los labios y los dientes hermosos que sonríen, la ironía como un grano de sal. Aún mirando su frente, pensé en la harina y el granizo. Pero no era de pan ni de hielo. Sus sienes eran lácteas. I llegué a imaginar que, en una noche clara, habían sido ordeñadas de la más limpia estrella.

El Ángel se volvió. Su espalda no tenía nada semejante a las aves. Era como la de un hombre. Pensé que iba a dejarme... Me dolían los hombros que habían creído ser mi única defensa ante el demonio. Mis hombros heridos e irredentos. Quise huir... Pero el Ángel hizo entonces un gesto. Me quedé quieta. I el Ángel extendió sus manos finas, surcadas por venillas de cielo, y me entregó sus alas.

(...)

El espectro

Sólo aquel que es capaz de perder su vida,
es capaz de ganarla.

CARL GUSTAV JUNG

Entonces todo debía terminar o buscar una nueva dimensión. Aunque el Ángel estuviese cercano, no podía ser mío, y si lo dije alguna vez fue por la razón de mis ojos absortos en su cara que, aunque se elevaba a mi lado, me concedía la total ausencia. De pronto adivinaba que si yo estuviera en las estrellas todo sería luminoso, con algo de temblor todavía pero poseído de luz. El Ángel conocía su cielo. Nunca me habló de él pero yo presentía en su voz una belleza sobrenatural, terriblemente clara. Sin embargo, no le pedí nunca ni una pincelada de añil. Él estaba en el mundo y yo debía vivir como una criatura no arrebatada por el viento. Pero decidí la escapatoria después de haber visto una vez más sus ojos de penumbra donde brillaba un polvo de lucero. Esta polvareda de astros, cruzando por las balsas oscuras de los ojos, yo quería poseerla en un rapto supremo.

No sé cómo pero lo decidí. Cual pequeños laberintos de musgo, me saltaron las venas. Corrieron por mis brazos los coágulos cual grumos irisados de resina. Toda yo parecía salpicada por un puñado de grosellas. I todo daba vueltas ante mí. El mundo se agitaba cual un trompo veloz y abigarrado. Hizo un áspero ruido mi cabeza al caer. Me quedé quieta, sin huracán que me empujara. No hubo agonía ni estremecimiento. Las ráfagas habían entrado por mi boca, mas ya no penetraban pues yo permanecía sin aspiración y sin aliento. Todo fue tan sencillo cual si hubieran

mordido una migaja de la que manara un zumo carmesí. Se acabó la conciencia. Luego, muy lentamente, algo se desprendió de mi cuerpo caído, como un humo blancuzco. Era yo misma, pero diáfana y tenue. De pronto penetré a un rescoldo. La llamarada era rojiza pero la ceniza tenía a veces un tono de paloma torcáz, gris y azulado. Pensé que era un fragmento celestial. Yo merecía el cielo. Había trabajado, luchado, amado y no tenía la culpa de haberme enamorado de un Ángel. Entonces, vi mis venas. Dentro de mi halo vítreo, había sólo raicillas verdosas en donde se posaba, con su penacho grana, un líquido y fluyente cardenal. En mi pecho ya el trigo no era sacudido por ventisca. I de pronto miré hacia la tierra. Porque yo estaba lejos, encima, como una nubecilla pronta a caer en lluvia. En la tierra, vi tendido mi cuerpo. Vi criaturas queridas. I luego vi la frente de sílice, las manos ambarinas, las manos como lirios no resueltos del todo a ser flor sino espuma moviente de cascada. Vi al Ángel y vi sus ojos húmedos. Parecían de barro vidriado. Él miraba mi brazo, ya de color de hueso. Mi pecho, aún tibio, como una losa amarillenta. Mi cabello, desparramado sobre el almohadón, como gigante ala de torda. Mi mano, un enorme jazmín sobre el pecho, dejando manchados de sanguaza, pero todavía fragantes, los pétalos. Mi frente, abriendo al fin sus sienes como alas demudadas de una pajarita de papel. I mis ojos abiertos, leñosos, madera de ataúd.

No quería que cubriesen mi rostro con la sábana. Si había que cubrirlo, que buscaran por torreones y copas de altos árboles, los restos del cometa, que sólo un ala fuerte, marinera de cielo, envolviera mi sufrido semblante. El Ángel parecía entenderme y dejó la cara al descubierto. ¡Cómo me alegraron sus ojos en los que se agitaban las raíces más claras del helecho humedecidas por una llovizna deslumbrante! Pensaba en mí. Pensaba en todo lo que fue mi ser, mármol pulve-

rizado. Le dolía muy hondo mi muerte mientras yo le decía desde arriba —no sé si podría oírme— que yo le seguiría aladamente, que yo podía volar, que estaría con él en su terrenal intimidad, entre los libros, las estampas y el azul objeto. No, yo no tenía alas. Pero sentía una ligereza inconcebible.

Los ojos del Ángel se agitaban cual mariposas pardas. I cuando el llanto los humedecía, parecía de caoba cubierta de cocuyos. En él, hasta el dolor era como sombra de árbol guarneida de brillo de hojas y luciérnagas.

Y volvió a su tarea. Entonces, raudamente, descendí. I penetré con él en el recinto. No me veía. Me extendí ante sus ojos como un velo de novia. Me vio y se estremeció. Sus nudillos de antiguo pergamo golpeaban su frente. —No te esquiles las sienes —le decía, con una nueva voz, metálica, tranquila, vibrante, como del que ha vivido en las estrellas. No sé si me escuchaba, pero estaba expectante. De pronto, se me puso contrito. Me dio pena, pero como había sido un gran Ángel burlón ante la mía, agregué: —Yo fui tu falla única, tu única derrota, tu única deserción, tu única perdida. Me buscó en derredor. Quizás quería golpearme. Pero yo había desaparecido. Luego, se sentó lentamente. Entonces yo volví y, echándome a sus pies, murmuré: —Nadie sobrevive cuando ama y no es amado. Ahora te puedo amar de otra manera. Desde los firmamentos donde no hay inquietud. Ya no ansio los abrazos porque soy solamente la vaporosa trascendencia. Si acaso me besaras, sería como besar un destello lunar. Pero seguía serio y pensativo. —¿Por qué no sonrías? —pregunté—. Tu boca fina ha sido dibujada por un pincel hundido en aguas donde se reflejan, cargadas de capullos, las rosadas adelfas. Sus ojos se contraían en oscuras escamas, estróbilos bañados por el sol. Su mano se alzaba hasta su frente y yo me decía interiormente: —Aquí debe haber mucho verdor, pues en esos dos puntos: las sienes y

los dedos, florecen el naranjo, el limonero. I luego dije al Ángel: —Nadie tiene la culpa de lo que sucedió. Al amor le tememos mucho más que a la muerte. I de este amor hacia lo alado y lo aleteante no podía salvarme. Quizás porque me amabas como un ángel... Pero eso ya no importa. He buscado flotar en los aires, hacer libre y volante mi amor, y ahora creo obtenerlo. No pudiste elevar mis sacudidas. Pero es que hay sacudidas incurables. A muchos de los seres que viven no se les puede moderar estertor, loco dinamismo y espasmo. Entonces, ¿que hubieras preferido? ¿Que te quisiera sin infinitud? ¿Que cambiara mis sueños por el sexo? Me alegro enormemente de ser una traslúcida criatura. Entonces, como no me miraba y alejaba sus sienes —¡Ah, cómo es arduo perder finas y pequeñas estepas recubiertas de nieve!— quise hacerle reír y le expresé: —Ahora viene a tu encuentro una fea criatura. I debe valer más hallarse ante los pies a la hermosa, la amorosa fantasma, que platicar con la doncella fea.

(...)

Yo no quiero ofender. Debo ser lo que soy: un resto vago que ignora aún la discreción. Bien que yo protestara cuando tenía puños y cabeza y que todo aquello lo golpeara contra enrejadas y ásperas paredes. Pero ya no. ¿Qué puede concebir un fantasma sino palabras de humo? Contemplo al Ángel triste. Oigo al Ángel colérico. I recuerdo que lo rebatí. ¡Pero, Dios mío, todo lo que yo digo es polvo y no ceniza con futuro! ¿Cómo ha podido la criatura cósmica, con su mirada sobrenatural, prestarle la más mínima atención a un halo parlanchín que ha salido del hueso? Dejadme mi humildad de sudario. Arrojadme sobre nieves marmóreas para que así recobre mi mortaja, recubriendo la huella de mi boca, como vendada de piedra. Que no puedo tener orgullo de mi voz por-

que es aún aire donde aletean mariposas negras. I si aún quiero ser en el vocablo, pese a mordazas pétreas, colocad un hambriento gusano sobre el lastre de mis lívidos labios y así no habrá más fango discursivo ni escoria vanidosa ni mendrugo rebelde. No quiero zaherir. I, además, no tengo derecho a discutir pues no soy todavía ni siquiera una pulpa incolora de espectro. Acaso me ha quedado la copiosa costumbre de vivir y por eso me siento cual tiniebla sonora. Campanillas le quedan hasta al más lacerado e inerte. I sin embargo, de la vida sólo me ha quedado el dolor, o lo que es lo mismo, el amor. El sufrimiento es lo que más nos hunde, porque aún estando vivos, nos separa del mundo, nos hace recogidos, nos carga de ánimos de plomo, y entonces es como si uno percibiera un interior enterramiento. Yo no puedo decirle al dolor: entra o acude, como un curioso que lo ignora, porque de todo lo que existe en tierra, no fue nunca un hervor desconocido o algún oscuro y grávido misterio. Fue mi joroba. Lo es aún, sobre la forma que se esfuma, como una giba de éter. Pero no la rechazo.

Podría herir a un Ángel si rechazo esta gruesa corcova cristalina, hecha de lágrimas vertidas, pues el llanto jamás entró en recogimiento. Para aprender a ser fantasma, y sobre todo un halo puro, digo ante el lloro máximo y deformé: no eres lo que me agobia; eres tan sólo lo que me conceden. Mas ¿para qué decir? ¿No habré agredido con mis frases? No he querido ultrajar... Ángel, por favor, abre la puerta y que yo pueda irme envuelta en mis cabellos que ahora son largas larvas. Pero no. No abras, ni siquiera, la puerta. Ya es excesiva dádiva haber charlado, con mi acento de bruma, ante ti. Habría que remediar este milagro. Ahora abro la puerta con mi mano de mica. I te prometo sufrir más. Es poco, pero acaso es lo único que yo pueda ofrecerte.

(...)

Ángel, si te tuve una vez a mi lado, si todavía me esperas, comprendo que eso solamente puede ser una incidencia para ti. No niego la ternura que me diste, la comprensión que me ofrendaste ni tu ímpetu donado. Todo lo contrario. Tan sólo te podría decir que yo soy incidencia no porque lo quisiste sino porque mi vida fantasmal, toda pincelada de córnea, no supo recibir lo que entregabas. Si sólo una mirada tuya es una quemadura luminosa, feliz, providencial, yo debí valorarte.

Yo no soy más que una niebla, surcada por las sombras, ante ti. Porque sufrir no es privilegio. I sollozar, ser sollozo, solamente en mí es nuevo. Sobre todo gritar, gritar, sin grito oído, se vuelve lentamente intolerable. ¡Si a lo menos gritara, gimiera, me quejara y bramara con mi espectral garganta! Eso sería más claro, en su infierno sonoro, para un Ángel.

Entiendo en mi silencio aterrador. No te soy suficiente. Tengo quizás aún un jirón de transparencia que te resulta demasiado suave.

Además, yo me extiendo en la tierra, golpeándome en el cuello, lo mismo que regato irascible. I tú, aunque estés aquí tienes siempre tu altura. Te ha de aburrir mi angustia líquida. No, no es cierto que los ángeles se aburran. Pero sí que se vuelven exhaustos.

Nunca te he podido alcanzar. Porque yo estoy caída. I, por lo tanto, es natural que renuncie a todo llamado y a la fuente fértil y musical de tu palabra. No, ya no espero que llames, Ángel mío, ni que me des las aguas en ascenso. No soy digna de ningún llamamiento, de ninguna cascada de mi Ángel. Soy una sangre que no sube. Una costra grisácea. Delgado, incoloro, inepto es mi fantasma. ¿Cómo pude esperar que tú cumplieras lo ofrecido y que en la noche, abierta como

un clamor buscando tu vocablo, me llamaras? ¿Acaso no bastaba con que me lo ofrecieras? ¿De qué fiebre estoy hecha para rogarte más? ¿Cómo llegué a creer que el Ángel puro, me favoreciera con su voz? ¿Quién soy yo? Tan sólo una espiral sobre cogida.

Ángel, no cumplas nunca. Ofrécmeme algo precisamente para no cumplirlo. Castígame. Fui demasiado vanidosa cuando supuse que lo harías. Sacúdeme, desgárrame. ¿Cómo pude pensar en una noche que tu rayo de sol era aún mío, si soy tan sólo una presencia opaca? Yo oscurezco tu luz, Ángel mío. I desde hoy — te lo juro — sé que no merezco ni un solo día radiante.

Un día te exigí la alegría. Otro día te supliqué una hora solar. Otro, en que yo estaba de rodillas, viéndote y adorándote, me puse a hablar de impulsos para que me los dieras. No sé por qué lo hice. Ignoro cómo me atreví. Quizás la sed pueda más que el respeto. Quizás la vena rota pueda más que el amor. Yo necesito de ti, para sentir el ímpetu, el júbilo, la inmensa luminaria. ¡Ah, pero no es posible que un fantasma precario como yo, molesto como yo, pueda aspirar a tanta dádiva!

Mi pobre ser gaseoso quisiera agradecerte lo que has depositado entre mis lumínicas manos. ¿Qué puedo hacer? ¿Decirte que me debo morir otra vez, sintiendo, padeciendo la carroña para que al fin un acto mío, un sacrificio mío, sirva de acción de gracias?

¡Oh ayudadme, cuidadme, protegedme! Pero ¿quién es esta cosa sin encarnadura, vaga, sufriente, frágil, que todavía puede ambicionar la protección, la ayuda o el cuidado?

¡Cállate, ávido fantasma! Que tan sólo te otorguen la intemperie, la indiferencia, la total lejanía, porque no eres más que una llaga neblinosa contemplando la frente, la mirística, de donde brotan lentamente las semillas de los ojos del Ángel, como nueces moscadas!

Mi Ángel conmigo ha sido espléndido. No merezco ni siquiera su tesoro de olvido, ya que todo el que olvida es porque siente la nostalgia. Ángel mío, jamás me brindes nada. Ni siquiera un hilillo de voz, aunque de ello se cuelgue mi vida. Soy un espectro absurdo o una densidad tan posesa de amor y de orfandad que puede resultar escalofriante. Sí, sentí y siento un soberano amor. Pero ya no lo llamo soberano. Porque ya no poseo sino dolor, sólo soledad y sólo lágrima. Mi amor, tan confundido con la pena, ¿cómo pude enseñártelo?

Entonces, que yo muera una vez más. Un día me dijiste que sabrías enseñarme a morir. Dame esa última ofrenda. Que ya me descompongo como si fuera un agua dura. I sobre los fragmentos de acalefo, que semejan mis lastres fantasmales, yo quisiera... ¡No lo digas, por Dios! Pues sí. Voy a decirlo. Ángel mío, ten para mí este último derroche. Yo quisiera que se posaran un instante en mí tus ojos resplandecientes y castaños. Perdóname. Pasa, pasa sin verme. Comprendo que, aun en plena muerte, te he pedido un exceso risible. Comprendo que tus ojos son lo imposible para mí. Cierra entonces los ojos. Sin embargo, ¡los tienes abiertos y me prometes, como si la primavera resurgiera, que sí me llamarás, y que todas tus promesas, se cumplirán un día y que tú siempre serás mi Ángel! Ahora, ¿qué hago de mí? Ya no puedo pedirte perdón. Me resulta verbal. Acaso sólo podría pedirte que me maldijeras. ¿No? ¿Por qué no? Déjame, entonces, humillarme.

(...)

Plegaria

No te puedo nombrar. No tienes nombre. Eres lo que se siente. Nunca lo que se explica. ¡Oh mi Absoluto Amado, a quien descubro ahora sin que ninguna forma lo limite! Perdóname la antigua reflexión.

No eres lo que se piensa. Eres lo que se ama. No eres conocimiento sino sólo estupor. No eres el perfil sino el asombro. No eres la piedra sino lo inaudito. No eres la razón sino el amor.

De la mano del Ángel yo he ascendido a tu hallazgo que nunca es un concreto tesoro sino continuamente un descubrimiento inenarrable. El Ángel, a mi lado, sintió también intensa, más intensa que nunca, más intensa que con algo o con alguien, esa visión de inmensidad. Como con nadie, no porque cada caso es singular, sino porque aquel acto fue más hondo que todos los suyos, como si recibiéramos de pronto un advenimiento de infinito.

I es inútil pensar en encarnarte. Eres lo que nunca se puede encarnar ni nombrar porque sólo nos juntas las manos y nos haces doblar las rodillas.

Déjame sentirte, ¡oh finitud, oh zona inmensa, dimensión sobrehumana, oh mi Dios, siempre con la piel deslumbrada tanto que el cuerpo se me vuelve luz! Déjame estupefacta, arrebatada, y déjame que vibre para siempre con la palpitación mía e íntima.

Quisiera ser aquella que permanece, atónita, ante ti. La que no sabe de tu nombre, la que no sabe de tu forma, una ignorante estremecida. I que así sea.

Casi silencios

Esto es como una dádiva. Si me han dado la luz, la confianza de la flor que se afianza es la respuesta. La mayor claridad: el rayo, aceptará el don que se entreabre, pero que será capaz de otorgarle su justa y más radiante recompensa.

(...)

La flor pidió un día de sol para quien la hizo flotar ya sin deriva. Y el día de sol cumplió sus oros cotidianos. Un día de sol no es más que un gozo de lo temporal. Pero cuando se tiene este resplandor interior compartido, se le desea a lo que se une en lo más hondo, este descanso de la sensación. Para luego volver a la serenidad, que no es reposo sino el hallazgo de lo imperecedero.

(...)

La flor se cura del remolino con este generoso resplandor, que sólo en este vínculo, se entrega suavemente

mas de manera máxima.

Y su calma encendida contempla ya la firme corola. Sí, se puede ser firme aunque nuestra presencia —he ahí la picardía de lo profundo— tenga la dureza, lo curtido muy frágil. Además, lo curtido no es la madurez. La madurez, para la flor, es halo.

A la flor, le ensombrecería el desconocimiento de su inaudita paz. Paz no es inercia. Es espíritu en alas. No podría arrepentirse de ser única.

Único no es el color llamativo ni deslizamiento ligero. Único no es el tallo de la flor, tallo flexible y placentero del cuerpo, sino su anhelo como de paraíso, que asciende a lo más alto.

La flor se estremece, se balancea cuando duda. Y quisiera aquietarse reconociendo que le ha otorgado al rayo la compañía esencial. ¿Es que acaso es muy arduo reconocer que lo esencial es lo que más queda? Sí, una maravilla semejante es muy difícil de sobrellevar, no porque sea potenteramente bella sino porque a lo humano, siendo tan especial, parece ajena. Pero he aquí los hombros luminosos y blancos del rayo y de la flor. Conocen que la permanencia de lo más puro sigue y sobrevive. Y entre ambos

han vivido y viven y vivirán esa pureza. Eso es lo dulcemente empedernido, o lo infinito afín tan tiernamente terco.

(...)

Hay una flor única que da el soplo sin interrupciones de lo eterno. No, no es egoísmo. Es que lo más hondo no puede repetirse sino dentro de su propio ámbito inicial. Lo más hondo está aislado porque su transparencia primordial es lo más próximo al Amor absoluto y este no puede ser otro o diferente en su grandeza. No, el encuentro entre la flor y el rayo no es mezquino porque no permita semejanzas. Es la comunicación solitaria. La afinidad señera.

Lo que se encuentra una sola vez en el mundo es como antagónico al mundo. Compartir lo más hondo contradice todo lo viviente conocido. Pero acepta tan luminosa oposición, aunque el resto solamente te resulte aromada humanidad. Sí, es muy difícil aceptarlo. También el tiempo es timidez. Entonces, aceptarlo es como conformarse —¡qué maravilloso conformarse!— a ser sutil y sobrehumano ya que lo imposible posible desconcierta.

Lo máximo murmura

Si siento lo divino tan seguro
que ya no dudo de su inmenso grado
¿debo pensar que un bajo día oscuro
vacilaré de su astro? Lo confiado
no admite oscuridad en su maduro
resplandor. Sí. Yo sé que he madurado.
Único es. Azul. Máximo. Puro.
¡Oh qué hondo corazón iluminado!
¡Qué claridad en esta fe! No hay muro
que pueda alzarse ante su amor dorado.
Yo sé. Yo siento. Casi lo aseguro
que no osaré decir: he vacilado.
I mientras no vacile ni inseguro
se encuentre mi sentir, hasta mi lado
vendrá quien con la luz en que fulguro
comparte lo divino y lo sagrado.

¿No crece en el verdor floral aliento?
¿No se realiza en el azul la ola?
I el ser afín, tan lúcido y atento
que afirma que yo soy la caracola
donde oye cielo o voz de firmamento,
nube esencial que nunca se arrebola,
¿me debe permitir padecimiento?

Si en mí se eleva y nunca se enarbola
lo que es divino y fiel deslumbramiento,
flor única y no sólita amapola,
a causa del supremo sentimiento
¿todo mi amparo y alegría asola?

Sí. Sabe que a pesar de mi tormento
no se mustia la máxima corola.

Confortable saber que este portento,
lo imposible alcanzado, no se viola
y persiste en el negro sufrimiento,
y luego, mientras mi ánimo tremola,
sonreír sin ningún remordimiento
como si lo total que se acrisola
por mí, no mereciera acercamiento
porque ni aún el pánico lo inmola.

Que me hablen del profundo sentimiento.

Amor eterno no es verbal cabriola.

Amor eterno es acto y no es acento.

Aún en la pena lo «único» me aureola
y este hecho es ya mi gran merecimiento.

Creo en lo mutuo. Nunca se desola.

I por mi intemporal conocimiento,
¿me dejarán por muchas horas sola?

Sólo en este fervor, en este modo
la dádiva resulta inagotable.

I cuando no se puede darlo todo:
presencia necesaria, voz amable,
se esquiva la otra luz por un período.
¿Por qué esta travesura inexplicable?

¿Para sentir sin duelo ni incomodo
que no se cumple? El fondo, irreprochable,
dice, no envuelto en el olvido beodo:
si alguna causa impide el don estable
¿no es lo mismo que herir? ¡Qué limpio lodo!
¡Qué anhelo de entregar tan impecable!
I añade: si así hiero, este recodo
lo quiero compartir, quiero ser viable
al dolor, y así hiero y así pudo
por conmoverme, por sentirme loable
deuda inmensa de estímulo y apodo,
torpe emoción, dulcísimo culpable.

LO MÁXIMO MURMURA
(1965)

Si he sido fiel al colmo compartido
de lo divino, si desamparada
el amparo esencial he mantenido,
esta máxima y diáfana morada;
si en el dolor, de su inmutable nido,
—colmena de una miel honda y dorada
donde brilla, lejana del sentido,
luz de esencial y única alborada—
no dudé y su fervor he sostenido
pese a estar triste, pese a estar turbada
por el miedo a la duda, y si he sentido
lo total, padeciendo más callada,
si me alcé sobre el grito y su estallido
como entera confianza delicada,
si no he visto y en lo único he creído
y soy la fe más bienaventurada,
¿puedo esperar lo que yo anhelo? Pido
sabiendo que mi voz será escuchada
como se escucha un manantial sin ruido.
En esta unión altísima y sagrada
se oye la claridad y no el sonido,
se escucha el resplandor de la cascada.

I lo he florecido desde tan sola y única simiente, esta flor que se ha abierto en el origen, que es a su vez lo
[más fecundo,
lo sigue en su impar, incomparable capullo reluciente que no puede variar porque se alza en lo más esencial
[y más profundo.

Así esta flor nacida de la revelación hoy floreciente, así esta flor de luz, corola de la siembra de lo eterno, —siembra sembrada por el más inmudable y transparente
medio— se abre en lo interno
como una espiga única que no mudará nunca su lumbre
[permanente.
Así lo siento... Mutuo lo más inmenso y lo más tierno.
¿O soy yo sola quien percibe su máxima, su única,
[luminosa verdad resplandeciente?

(...)

Porque lo que es más puro,
lo más total, profundo y perdurable,
es a su vez lo más seguro
y lo que más acerca a Dios, en su ternura dulcísimo,
[inmutable.

Dios no tiene futuro.
I desde que vivimos el más claro sosiego donde canto
[y maduro
sentimos que eso tiene, y sólo en él, su eterno fervor sin
[nada inédito u oscuro
y que el redor viviente sólo puede ser frágil, cambiante,
[vulnerable.
Por eso no es casual lo que se siente de este modo en
[que de toda confusión me curo,
Es como algo nacido de la divina gracia sin ímpetu
[inestable.

Negaría el firmamento
si negara el profundo, inigualable sentimiento.
Negaría lo eterno
si negara lo perdurable de un fervor interno.
Negaría lo inmenso.
si negara que esta afinidad es y será en nosotros lo más
[fiel e intenso.
Negaría la esperanza
si creyera que ahora van a decirme que todo esto está
[sujeto a la inexactitud y la mudanza

¿No crece en el verdor floral aliento?
¿No se realiza en el azul la ola?
I el ser afín, tan lúcido y atento
que afirma que yo soy la caracola
donde oye el cielo o voz de firmamento,
nube esencial que nunca se arrebola,
¿me debe permitir padecimiento?
Si en mí se eleva y nunca se enarbola,
1o que es divino y fiel deslumbramiento,
flor única y no sólita amapola,
a causa del supremo sentimiento
¿tomo mi amparo y alegría asola?
Si. Sabe que a pesar de mi tormento
no se mustia la máxima corola.
Confortable saber que este portento,
lo imposible alcanzado, no se viola
y persiste en el negro sufrimiento,
y luego, mientras mi ánimo tremola,
sonreír sin ningún remordimiento
como si lo total que se acrisola
por mí, no mereciera acercamiento
porque ni aun el pánico lo inmola.
Que me hablen del profundo sentimiento.
Amor eterno no es verbal cabriola.

Agramcko

Amor eterno es acto y no es acento.
Aun en la pena lo «único» me aureola
y este hecho es ya mi gran merecimiento.
Creo en lo mutuo. Nunca se desola.
I por mi intemporal conocimiento
me dejarán por muchas horas sola.

de
SOL Y SOLEDADES
(1966)

El poeta

POEMA 1

Poeta cierto, ¡qué áspero es el tallo
alzando vanagloria tumultuosa!
Áspero y cumplidor pues tú, el vasallo,
llegas a la raíz como a la rosa.

(1958)

POEMA 10

Mordido por la oscura primavera.
Mordido todo el ámbito rojizo
estalla en una cárdena pradera.
Azote arrebolado y primerizo.
Una amapola enfática y primera.
Una ingenua blasfemia ante el narciso.
Pero está frágil, fuera.
Y por ese relámpago cobrizo
toda la llamarada se incinera
y aguarda su concepto o su granizo.
Helado por amor, por más espera...
Un libérrimo círculo conciso
se define en la cáscara señera.
Y todo aflora en ímpetu plomizo.

(1958)

VERSONS
1

Este peso de abejas
que trae el gesto, esta cordial guarida
habitada por ágatas y arvejas,
esta fisonomía desconocida,
este ser y no ser, estas mollejas
de inalterable especie desvalida,
este techo con aves y sin tejas,
esta constante doncellez de vida,
esta racha de alondras y cornejas,
esta continua y diestra zambullida
de estrellas en la piel, estas bermejas
bestezuelas que atamos a la brida,
esta silente soledad de ovejas
que trisca en el asombro y en su huida,
esto es tener las índoless perplejas
o permitir que el tránsito decida.

(1958)

Y así roídos por la incertidumbre
de toda tez, conscientes del encaje,
vamos, la media sombra, media lumbre,
bebidos por unánime linaje,
pardos por la corteza y por la herrumbre,
verdes por el reptil, por el ramaje,
blancos por pan, quemados por alumbre,
rojos por la cereza y el descuaje,
patéticos de fuerza y mansedumbre
hacia la consistencia del celaje.

(1958)

Este nuevo no siendo que enamora,
este morirse en ánade y semilla,
este siempre saber que se avizora
un rugoso relámpago en la astilla,
este albergue sin pulpa protectora,
esta prensil y unánime pulpilla,
este tramar sanguaza y zarzamora,
este sentir que ordeño y escudilla
son carne y tierra, esta ruindad reidora,
este agitar borrega campanilla,
esta curtiembre que lo azul colora,
este cambiar gravamen por gavilla,
esto es tener la escoria soñadora
o padecer de infame maravilla.

(1958)

SOL Y SOLEDADES

2

¿No fueron ciertos, tal como anunciara
mi voz, destello de únicos estíos,
mi voz que nunca hiere ni acibara,
los feroces y fríos
que ya no son futuros, los vacíos?
¿No era mi porvenir soledad clara?
A nadie importa que el dolor, sus ríos
me envuelvan, lentos... Lo que me apesara,
los recodos dolientes y baldíos
de ternura solícita y preclara,
no entristecen igual a quien confío,
a quien doy en su lúcido plantío
el alma vuelta sol, su lumbre rara.
Hay que decir que son, sí, sólo míos
los sufrimientos. Pues si no depara
mi presencia su voz de fuegos píos,
¡nada le ocurre a quien mi luz aclara!
Y así, firmes, no en fuga, mis vacíos

con sus tormentos y sus calofríos,
ya para siempre el ánimo declara.
Yo, que dejo carnales atavíos
porque lo Eterno elígeme y me ampara,
yo, que soy alma vuelta sol, rocíos
de cielo en una flor máxima y cara,
yo, que no tengo sino los navíos
para lo Azul, y olvido la algazara
del sonido, del suelo y los sombríos
placeres; sin yerbajo, fronda y vara,
pura flor, digo con mis regadíos
de voz, que serán siempre mis vacíos
bárbaros y bestiales y bravíos
porque no duelen a quien se separa
de mis fulgentes y áureos sembradíos.
¡Oh vacíos, vacíos!
Salvaje soledad que no se para.

(1964)

de
CANTO RODADO
(1967)

(...)

La luz, tan reacia, ya es por siempre mía
pero la Luz de eterno cabrilleo.
Definitivo, indomeñable día
derrama adentro quieto centelleo.
Mas la gran lumbre no se me escancia
en gotas deductivas pues no creo
por haber visto humana celosía
en donde se colaba un aleteo.
Vi todo claro, todo en armonía
porque creí, de pronto, sin jadeo
en una inmensa luz cuya energía
ya siempre es la creencia con que veo.
No hubo tierra, contacto o galería
temporal que en escorzo o en rodeo
me llevase a un posible mediodía.
Yo no sospecho sol. Yo lo poseo.
No tuve que ver pulpa regadía,
encanto vegetal, simple escarceo,
para encontrar la lumbre que rocía
interminable amor sin regateo.
No vi ninguna trémula bujía
pasajera. Fue un lúcido apogeo
mi creer, en aquella cercanía
divina, sin mudanza, sin deseo.

Mi Luz, que es soledad y es alegría,
mi Luz creída que ya nunca oteo
pues la miro, al creer, o mi osadía
de Luz, mi extraña Luz sin parpadeo,
siempre acompaña en ser y me extasía
en su cántico nunca balbuceo.

No es promesa mi Luz, ni lejanía.
Es divino dulzor sin devaneo.
Ni una sola emoción la siento umbría.
Lo amado es un inmóvil aspergeo.
No fue por ruiseñor que mi alma pía.
Todo empezó a creer. Y fue un gorjeo.

(...)

Abren las frescas, fugitivas flores.
Vuelca un turpial campanas tan fugaces.
Serpentean volutas de verdores
en sus berilos breves y vivaces.
Relámpagos: los rizos, los rumores
de riachuelos. Amor, no te retrases,
no detengas tus prédicas, tus loores,
¡y en una sola voz no te me abrasas!
Mas ¿cómo digo aquí de estos amores
tan exentos de orgánicos enlaces?
¿Cómo ostentar un ramo de candores
sin tiempo, de azucenas pertinaces?
¿Cómo hablar de los íntimos temblores
que de polvo y de piel no son capaces?
¿Cómo decir que tiemblo por albores
eternos, que en mí abrieron los audaces

jazmines de los puros resplandores,
que soy temblor de inmóviles torcaces,
que soy espiga y ala sin hervores
mortales, que mis trigos son tenaces?
Definitivo Amor, no te demores.
Mas ¿quién te podrá oír cuando desplaces
un mirlo o manantial murmuradores
a sus modestos límites locuaces?
¿Quién los podrá sentir tan perdedores
de eterno canto como tú lo haces?
¿Qué incrédulos, huraños oidores
se detendrán a oír, ya suspicaces
de extraviar piel, tus sacros surtidores,
rebaños resplandecientes donde paces,
recónditos y raros ruiseñores
en los que, sin cesar, siempre renaces
conjugando clarísimos clamores
de infinitud, tan blancos y veraces?
¿Cómo admitir que la embriaguez no añores?
¿Cómo aceptar que todo lo rebases:
campos, cuerpos, colinas y colores?
¿Cómo creer que al tiempo lo traspases?
¿Qué ufanos y fogosos moradores
de mundo pasajero, cuando pases,
entenderán que, adentro, no deplores
pasar por frutas, fiebres tan feraces,
y que no sean para ti dolores
pomas caídas, rápidos agraces?
¿Quién captará tus fulgidos frescores
que irradian de hondos e invisibles haces?
¿Cómo intuir que tan diáfanos dulzores

escapan de la vid, que te solaces
con la mística miel de los fervores,
como que sólo en sol te satisfaces,
en inmensa colmena de clarores
y no en labios saciados o voraces?
¡Cómo, pues, en altísimos alcores,
frente a perfiles plúmbeos o procaces,
puede mi alma gorjear? No son temores
los que me callan. Son cortos compases,
sedientas bocas, ávidos redores.
¿Cómo, entonces, Fervor, cómo tus frases
pueden, entre braceos y estertores
decir que en barro y vértigo no yaces
pues vives en vastísimos vigores;
cómo decir —amor no te amordaces—
que en mejilla o manzano moridores
no hay causa alguna para que fracases?
¡Oh, sólo tú, que estás con soñadores
aciertos, con estrellas eficaces,
en mis collados albos, miradores
que no ven dramas, días, desenlaces,
sino sólo infinitos espesores,
sólo tú en polvo no te me deshaces!
Siempre la vida eterna donde mores.
Pues sólo tú descubres, incapaces
de momentáneos pétalos y olores,
de humano cesto y cárdenos envases,
inmutables capullos brilladores
que no secan las ráfagas rapaces.
Alégrame, libérame que aflores
en limpia luz, y alíviate que arrases

las sombras, y me plenan los fulgores
donde tú, sin morir, por siempre naces.

(...)

Noche sin brote de una voz que se extiende
por frondas, perlas, sederías, cales.

Si el universo enlutecido prende
luceros en espacios abismales
todo es materia allí. Nadie comprende
estos mundos de mies, no materiales,
cuya mazorca mágica se enciende
en eras diurnas o eras nocturnales.

Dentro de mí sin intervalo esplende
Sol sin sombra en sosiegos celestiales,
íntimo, hondo, vívese un allende,
un más allá o espacios eternales,
que a la niebla temporal trasciende
pues no posee trigos temporales.

Si el cuerpo humano dóblase y se tiende
y el sueño escapa en fáusticos marjales,
aunque duerma mi ser nunca desciende,
nunca doblega el encendido duende,
nunca de lo divino se desprende
pues conciencia tomé de sus nidales.

Lo puro, lo perfecto se aprehende
de tal modo en sus caudas esenciales
que ya ninguna sombra le sorprende
pues la apaga con íntimos panales
cuya miel milagrosa se desprende
de amados e infinitos manantiales.

Enmielado fulgor que me defiende
de lo que se transforma. Pedernales
cuya estable eclosión fulge y asciende
a todo instante, en bríos estivales,
oro inmenso que el tránsito no hiende,
y que permite siempre que me ofrende
en espigas clarísimas candeales.
Todo en la noche olvida o se silencia,
mas como inalterable sol hallado
está cálido y claro en mi conciencia,
lo vivo tan gestual, tan expresado,
prosigue en su honda, innata transparencia
en ámbito de sombras o soleado.

de
SALMOS
(1968)

El cielo es un estado, no un sitio

Árbol de resplandor, único olmo excepcional sin leño ni arbolado, fuerza divina o inmutable colmo que nos lleva en su ser siempre soleado.

Mas ¿cómo es esa estancia?
¿Ese estado, no sitio, que revelo?
Como decantación de una fragancia,
como sutil aroma sobre el suelo,
un bálsamo en conciencia, en vigilancia,
como una orfebrería de asfódelo,
como vitral de brisa sin vagancia,
como depuración de un alto vuelo,
como si un ala fuese exuberancia
y hubiese que arrancarle el terciopelo
de la pluma y su rápida sustancia
y quedarse en el ímpetu de cielo.
Pero cielo no es búsqueda ni es ansia.
Es total heredad o ternezuelo
valle boreal sin tierra ni inconstancia
que deshace en la cáscara al ciruelo.
Como un polen en máxima prestancia.
Como una huella blanca de pañuelo.
Pues todo ello, en su cálida constancia,
resplandores sin pausa ni recelo,
unión de hálitos es, alta allegancia,
llegada en mutua Luz, no sólo anhelo,
como si un alma fuese resonancia
de otra alma que es un límpido riachuelo.
Cuerpo que lima su ínfima abundancia.

Rostro que se atenúa como un velo.
Pupilas que no son ya circunstancia
sino albo despertar, hondo desvelo.
Halos perpetuos en perseverancia
donde tú añoras y ofrendarte suelo.
Cada día, ofrendar. Lo que se escancia
es azul en mi cántico consuelo.
Un azul mutuo pero sin distancia.
Cual si azulejo en flor fuese gemelo
de ola en canción e inmensa concordancia
fluyese como un índigo arroyuelo.

Para recordar es necesaria la ausencia amada

Acordarse de un lar o un ser humano
no es igual, no es igual, nunca sería
igual que recordar. Pues lo lejano
duele tan sólo cuando, en noche o día
la palabra de un ser hoy no cercano
nos llena de añoranza sembradía,
y memoriosos de su inmenso grano
nos hiere su fulgente carestía.

Dentro llevamos cielo sobrehumano,
Sol esencial, divina demasía,
pero aquel ser idéntico al ufano
resplandor, a su magno mediodía,
su alma afín o su pálpito temprano
no se halla en ademán, voz o estadía
y ausentes de su cósmico verano
sentimos la región honda vacía.

Nostálgicos de alígero altozano.

Reminiscentes de radiante ría.

Creciendo en un dolor limpio y lozano,
abriendo en suave, sensitiva estría,
remembrando el encuentro soberano,
carentes de su clara cercanía,
nos crece dentro, tierno, trasmontano,
el sueño de profunda cercanía.

Así en mi huerto sin carnal manzano,
lleno de fuente y fe, de fantasía
que vuela, fervorosa, en su vilano
buscando tu balido de elegía,
toda en un canto pálido dimano,
en mansa y pesarosa melodía.
Como ala a su nidal, vuelo y emano.
Sólo existe contigo la armonía.
Sólo hay recuerdo añil, exacto, llano
si la ausencia es solar, si no hay sombría
mudanza en su destello meridiano;
si ausente sólo es lo que extasía.
Y entonces crece, lúcido y liviano,
ese recuerdo, en índiga energía,
como una flor, como una flor de aciano,
como una flor en frente regadía.
Y sé que en tu distancia que desgrano
hay siempre mies pero melancolía.

Un sol nunca se pregunta si hay otros soles
en el universo

Galaxias sin cesar. Fáusticas proles.
Un astro da fulgor. Otro se apaga.
En lejanos, oscuros facistoles,
en atril de tinieblas, se propaga
un haz de blancas nubes y arreboles,
de papiros con bordes en que embriaga
un resplandor de rápidos resoles
que el tiempo terco —no perenne— llaga.
Pero ese sol —tan libre de los soles—,
esta luz maestra, melodiosa y maga,
que en invisibles y áureos caracoles
da su voluta índiga y no vaga,
este sol sin febrífugos faroles
sobre verano, vid o verdolaga,
sobre gardenias, sobre girasoles,
pues no es un orbe material, no indaga
si hay otro como él, si hay tornasoles
semejantes, pues sabe que naufraga
sólo lo externo y saben sus crísoles
que su oro —estable, impar— nunca se estraga.

Lo absoluto tiene esencia propia,
por lo tanto se reconoce siempre
aún sin necesidad de comparaciones.

Y a veces quiero oír, en inefable
dialogar, esa dulce diferencia.

Quiero sentirla por tu voz, que me hable
el trino tuyo de mi azul cadencia.

Apacible aparente, tan vadeable
tu silencio se da, tal es su influencia
que yo espero de él inagotable
canto de mi tranquila transparencia.

Afuera quieto, dentro vulnerable,
yo sé de tu callada incandescencia,
yo sé que amas, al fondo, tan estable,
tan sólo mi quietud de trascendencia,
mi trascendente océano inmutable
mas pleno de lirismo y de latencia,
mi serena y solar e inagotable
infinitud, mi cálida creencia.

Entonces, lo expresivo... Inexplicable
no hay nada tuyo para mí. Tu esencia
penetro enteramente. Y habitable
encuentro tu clarísima conciencia.

SONETOS

Soneto para una reflexión

Vuelve los ojos íntimos adentro,
mírate largamente. Reflexiona.
¿Cuál es tu azul, tu verdadero encuentro?
¿Qué es lo tuyo total que te impresiona?

Lo sabes. Esta lumbre que concentro.
Mas ¿cuál es la expresión que en ti se dona?
¿Cómo deseas expresar el centro
de Amor que toda luz te proporciona?

¿Cómo? ¿A qué preguntar? ¿Aún interroga
tu ser por su expresión? ¿Aún no lo sabes?
No creo que tu alma aún no se arroga

los gorjeos recónditos y graves
pues sólo así conmigo ella dialoga,
tú, mi haz de trinos gráciles y suaves.

Soneto a la clarísima criatura

Yo no quiero de ti sino lo inmenso.
No anhelo sino el vínculo sagrado.
Lo azul, lo espiritual, y no lo extenso.
Lo que está libre de lo limitado.

El cielo que es lo íntimo, lo intenso;
la intensidad reside en lo captado
fuera de todo linde. Cuando pienso
en ello, siento el cuerpo rebasado.

Padezco de mejilla y de cintura,
padezco de perfil y de mirada
cuando la eterna, inmaterial ternura

no puede ser en tu ámbito expresada,
mas torna tu clarísima criatura
—alma sólo— y percíbome estrellada.

Sonetos para un ángel

Fuiste y eres el viento iluminado.
La claridad eterna y ascendiendo
en su infinito pálpito elevado.
Tú fuiste el ala donde estoy viviendo

y tú el ascenso donde, remontado
siempre mi ser, sin corporal atuendo,
vive tan denso, diáfano y dorado,
tú eres el vuelo diario en que me enciendo.

Pero ¿cómo decirte, denso vuelo,
bandada amorosísima y amiga,
que yo, la dueña de tu sacro Cielo,

que yo, de tu trigal la sola espiga,
hoy, ante tus miradas, me revelo
como una sombra clara que te abriga?

Porque tú fuiste y eres lo ascendido
¿no puede, acaso, mi panal donarte?
Acaso tanta espina he padecido
para poder un bálsamo ofrendarte,

acaso tanto bosque me ha tupido
para un cielo de sándalo entregarte;
halos afloran, aromoso egido.
¡Toda una noche para el día darte!

Jamás niego que fuiste lo que eres:
impulso angelical e ilimitado,
amor que, a cada paso, me confieres,
pero hoy abre mi aliento iluminado
y anhelo que en mi lumbre reverberes
pues yo soy tu deudora y tu legado.

Sentencias

Puro poeta
no exento de callares y temores.
Para que el canto dulce te acometa
cual manantial, te ruego que memores
la colina clarísima y completa
donde florecen índigos amores.

Importa que sea yo gran dadivosa.
Importa que yo sea pan donado.
Pero también importa en la radiosís-
ma unión, en este vínculo sagrado,
lo que tú eres, sed tan melodiosa,
lo que yo soy, un canto iluminado.
Lo que importa, en verdad, es nuestra rosa
de Luz, nuestro capullo constelado,
más allá de la historia, en su copiosa
claridad, en su pétalo argentado
que es eterno en su cima luminosa
y ajeno al breve tiempo limitado.

de
SONETOS DEL ORIGEN
(1972)

Allí está. Yo lo puse. Es un murmullo
de agua. Nació en mi sangre que es materna
Porque algo nace si me destituyo
de mi autista identidad. Esa caverna

como una sombra azul ya la diluyo
si desde la emoción trémula y tierna
irradio. Brotá entonces un cocuyo,
como chispa de lúcida linterna.

No me ensimismo sino porque fluyo.
De mí no emana una dureza externa.
Hago la vida: un hálito, un arrullo.

Un vacío de bosques me consterna.
Abro el labio: es el canto. Y un capullo
abre parejo a mi canción interna.

Siento una oscuridad y digo: prado,
de súbitos verdores me circundo.
Y digo: caracol, cáliz, collado,
y todo brota rápido y rotundo.

Cuenta la claridad, no el enunciado.
Lo arbóreo, lo volátil con que inundo
la tierra es una enmienda del pasado.
Si digo: mar y en piélagos me hundo

¿di un nombre? Mucho más. Significado
cobra el orbe grisáceo y errabundo.
El contorno era gris. Estaba dado.

Lo libero de cánones. Y fundo
frescas fosforescencias. Un brazado
de mies abre la prédica del mundo.

42

Tan sólo sé que alumbro lo secreto.
No puedo recordar qué es el estilo.
Sólo sé concebir. Un alfabeto
brotá como una brújula o un hilo

con que la oscura ráfaga sujeto.
Digo: bálogo, boj, brizna, berilo,
y soy de nuevo un ánimo repleto,
digo: parva, pajar, pulpa, pistilo.

Y todo nace primerizo y prieto,
mas como sin cesar plasmo, perfilo,
digo: abedul, anémona y abeto.

Y surgen... Sigo en víspera y en vilo.
Hay algo en mi corpiño, claro, quieto.
Digo: ¡campo! Y extiéndese, tranquilo.

Es el estado de lo que perdura.
Es día eterno donde no hay andante
busca. Es encuentro. Y es una hermosura
como si hubiese un diáfano diamante

en una pluma de paloma. Pura
pechuga o paz se unió a lo cintilante.
Sufrí para hacer leve mi envoltura,
para dejarla así como un guisante

que siembra. Cuando el cuerpo se depura,
cuando se vuelve trémulo el instante
no de vacilación mas de ventura,

ese temblor, que es víspera danzante,
descorre enigma, sombra, colgadura.
Y entonces aparece lo radiante.

Irradia, al fin, la muerte, la tarea.
Es ya la claridad y no el anhelo.
La gota de rocío en la azalea.
El almíbar, el oro del buñuelo.
Así el símil, sencillo. Que aletea
sólo la punta alzada del pañuelo.
Desciende el mago por la chimenea
brillando de granizo y caramelo.

Esto es lo que me tiene y alborea
en mí. Ya no es la sombra sino el cielo.
Y yo ya no me digo: que así sea

porque así es. Sin busca, sin recelo.
Lo que se tiene ya no se desea.
Luz, denso despertar y no desvelo.

QUEHACERES
CONOCIMIENTOS
COMPAÑÍAS
(1973)

Quehacer [1]

Se toma un poco de la espuma del mar, se alisa con lentitud, se dejan caer, muy cuidadosamente, sobre la lisa espuma, unas líneas azules del mar.

Se une a todo el recuerdo de un hombre que miraste en un libro muy viejo. Ese hombre vivía en un antiguo país, lleno de columnas y túnicas.

Se encontraba rodeado de alumnos y tenía una copa en la mano.

Se llamaba Sócrates y su frente era muy hermosa y muy grande.

Así se hace un cuaderno. Es muy simple.

Quehacer [2]

En el pizarrón, como en un oscuro universo, se dibujan cifras cual luceros de tiza.

Has cerrado los ojos. Ya no ves el aula. Ni las petunias del patio del colegio. Ni el collar de turquesas de la niña [vecina.

Has cerrado los ojos. No recuerdas la hortensia que tu madre riega en el jardín. Cuando la hortensia es sonrosada, es como el cielo cruzado por un arrebol. Ni recuerdas el color de la tinta que ha coloreado [la página

blanca del cuaderno.

Has cerrado los ojos. No aspiras, ni flores ni el olor del [aula,

olor a lápices, a zapatos de goma, a caramelos.

No tocas el pupitre. Te parece que no tocas el suelo.

Te ensimismas bajo los párpados. No escuchas.

—La capital de Venezuela... —dice la maestra.

No escuchas.

Una niña muerde una galleta.

No escuchas.

Un tropel humano abandona el salón.

No escuchas.

Ni petunia, ni hortensia, ni turquesa ni tinta. Has hecho el azul bajo tus ojos. Pero una especie de azul inmenso que tú nunca viste. Has hecho el cielo, pero no el cielo que recorren los aeroplanos. Te será fácil.

Para mí, no fue simple.

Conocimiento

Ya no bajamos la cabeza. Porque eso no es ser humilde. Meditamos sin miedo. Hemos levantado la cabeza.

[Nadie nos impone un mandato en la voz o en la vida. Pero no engalanamos la cabeza, porque eso es dejar de ser sencillo. Ya no nos subordinan el corazón. Hoy amamos sin miedo, amar es casi siempre inevitable. Dejar de amar es dejar de ser humilde. Hemos liberado el corazón pero esto no significa sacrificio. Pues no añadimos al corazón un

[ardor ciego. La pasión complica, retuerce, reconcome, cambia lo sensible. Y eso impediría ser sencillos.

No creemos que la cabeza lo da todo. Eso sería ser simple. No creemos que el corazón pueda negarnos algo. Eso sería ser simple.

Para vivir, es necesario ser humilde, no engañarse, saber lo que somos: acaso inmensidad; para vivir, es necesario ser sencillo, ser espontaneidad aunque lo espontáneo sea extraño a los demás e infinito.

Para vivir, es necesario todo eso. Para morir, es necesario ser audaz. Ni bajar ni levantar la cabeza. Volverla cráneo. Pero no enterrar aquello que mueve al corazón. Pues el amor puede más que la tierra. Ser audaz es creer que la muerte siempre es una vida infalible.

Compañía [1]

¿Dónde está mamá?

En el cuarto del hermano pequeño, en la batea, en la
[fábrica,
en la cocina. Cerca de ti, dándote un pesebre de pajas
arrancadas en el campo, que en el día de Navidad,
[para ti hizo.

¿Dónde está papá?

Nadie lo sabe. Papá debe ser un hombre que se perdió en
la selva. O un cosmonauta que se perdió en los espacios.
Crecemos. Mamá cosió los uniformes del colegio
[y también,

una vez, trajo del mercado un pajarito azul.

Papá no te regaló el bulto ni contigo escuchó el lindo
[trino.

Mamá estuvo presente. Papá siempre fue un desconocido,
un desaparecido. Crecemos. Pero crecer no ha sido
[solamente
estudiar, ver los paisajes llenos de acacias y turpiales
[y tener

un solo bombón dorado en el bolsillo. El que te dio mamá.
Crecer es conocer que no hemos nacido de una sola. Que el
otro, el inédito, el oscuro, es también la raíz o el origen.
Crecer consiste en saber que hay que buscar a papá.
Como sea. Con emoción o con energía.

Puede que acceda a aparecer. Puede que no. Pues, entonces, oblígalo. Al saber que es necesario, indispensable, buscar al papá que se oculta o se esconde, a todos los niños, que han conocido a mamá, les estás haciendo compañía.

Compañía [2]

Esta es la palabra perfecta.

Estos son los libros que creaste o las páginas de los libros que haz de crear.

Esto es lo que fluye de mí. Estos son mis remansos, mis ríos.

Pero piensa en los ríos subterráneos. Piensa que no siempre es sencillo fluir.

Piensa en el poeta callado. Y dile que en su silencio también se escucha un ruiseñor

Compañía [3]

Un poeta callado es como un bosque que pide luces
para su intrincado sendero. Un poeta callado no indica
[desamor.]

En donde hay bosque, siempre hay promesa de trino.
Un poeta callado es una sed. No lo lances al agua,
en vertiginosa y poco inteligente zambullida. Aproxímale
el vaso de agua. Canta cerca de él.

Un poeta callado es como un ave revoloteando en el bosque.
No lo presiones con el canto. Eso sería enjaularlo. Pero
tampoco le ofrezcas muchos árboles, ramas y frutos. Eso
sería llevarlo a la deriva. No lo encarcelas. Pero no lo
vuelvas impreciso. Poda los ramajes. Hazle olvidar
los árboles. Señálale, simplemente, el nido. Y el gorjeo
[vendrá.]

SALTO ÁNGEL
(1985)

En lo quebrado un ámbito comienza.
Nueva modalidad se imprime al mundo.
El dolor ya tan diáfano destrenza
venas que vibran; vástagos rotundo
cristaliza en lo cárdeno, condensa
lo que quemó. Sin dejar gemebundo
gotean aguas gárrulas. Se inciensa
en humareda prístina e intensa
fuego fluvial fosfórico, que fundo.
Persona, pulpa pálida propensa
a predicar vitalidad. Profundo
pulso de perfilar deja indefensa
la tez que trama tréboles y trenza
trinos. Salobre ceguera suspensa
donde lo humano es hálito fecundo
fraguando fuentes. Al plasmar se piensa
que lo fundado deja sin defensa
pues con soma solícito secundo
toda explosión errática y extensa
y una hilación intrépida le infundo.
Rostro rasgado por la extraña ofensa
de dibujar dinteles que difundo
permite al corazón que lo convenza:

el llanto no es total si es errabundo.
Ya destinado a diluviar, dispensa
un destello jerárquico y jocundo
de arroyos. Algo aislado se avergüenza
desconcertada dulcedumbre densa,
una rareza interna donde me hundo,
la intimidad patética e inmensa
y un beso como un día meditabundo.
Mas la rosa no tiene recompensa.
Rosa con nadie, soledad circundo.

Porfía

presionando por pájaros. Alero
en silencio. Lejana melodía.

Que no hay trinos recientes todavía.

Propiciar, ser sombría,
tener la noche aún sin el lucero.

Tendiéndose la estría
hurgando en lo más hondo. Tesonero
traslado de la tez a la sangría.

Arteria en ascuas por abrevadero.

Aguas que absorben. Lenta lozanía
de mosto mana en ávido aguacero.

Los borbollones beben la bujía.

Vigilia por el río bullanguero.

Sed de sonidos. Búsqueda bravía
en las venas. Un hálito de acero
cruza la carne. Pálpito que pía
demuestra que en dolor en demasía
sólo un rumor de pétalos reitero.

Égloga y agonía.

Gorjeo gemebundo de jilguero.

Balbuceo de voz. Alta armonía
de amor. Laúd lacónico y ligero.

Que la ternura no es una alegría.
Es un extremo tibio que tolero.

Polvo de polen paulatino preña
abriendo una ansiedad como de allende.
Una extrañeza épica se empeña
en emanar. Lo que no soy se suspende
una goteante, gigantesca greña,
estrellas que han estriado una estameña
hasta que toda ya destello tiende
un humo con sus hálitos de leña,
una radiante rémora risueña, y cada vez que al párpado
[se prende
brillo de llanto, la otredad pergeña
un carbunclo de coágulos. Se enciende
sangre al surgir. Diluvio se diseña
si alguna arteria trémula se extiende,
y el pecho perdedor plasma una peña
para un suspiro en piélagos que pende.
Lo espacial algo ajeno nos enseña.
Redor o desarraigó que defiende
su entidad; pulpa personal, pequeña,
la que se irisa, íntegra, y se hiende,
la que se diezma en cauda y se despeña
en derramados índigos, desciente
con un cielo surcado por cigüeña, o una galaxia de oro
[que se ordeña

hasta que el hecho diluvial esplende.
Llama del llanto en torrencial reseña.
Lo exterior ya en un énfasis emprende
enjundias en estrépito. Se adueña
hasta de mi ademán. Queda una seña,
una señal, un halo que me atiende.
Residuo rico. La paciencia sueña:
una solicitud suave y cenceña,
—nada más, no hay porfía pedigüeña—
donde el desierto no doblegue al duende.

Preparativo.

Pronóstico de pájaros se plena.

Corazón que conoce su cultivo
coordina su conducta de colmena.

Almíbar y ala alígera en arribo.

Ofrendada oropéndola se ordena.

El panal es piadoso y expansivo.

Y la dulzura se desencadena.

Ya manan en almácigo emotivo
dulcedumbres sin diálogo. Disuena
miel que no ve recodo receptivo.

Trágicos trinos. El torrente truena.

Hay como un caos comunicativo.

Ahínco azul indaga por la arena.

Murmullo y manantial no ven motivo
para sus caudas y su cantilena

y en un constante coágulo creativo
vuelcan su beoda búsqueda de vena.

Abandono con hambre de lo vivo.

Un canto o un caudal no se condena.

Vacío activo.

Una orfandad en forma de faena.

Caos cognoscitivo.

Sed serena.

Lo fluido fomentando lo efusivo.
Lo dulce que se duele y desenfrena
decide en su desierto. Decisivo
predica ya en relámpago su pena.
Las soledades donde sobrevivo
plasman su piel patética en patena,
y hacen un llamamiento llamativo.
Todo silencio seco se cercena.
Y se sospechan soles. Lo percibo.
Lo hermoso es como un término. Nos llena.
Súbito poderío persuasivo.
Un alarido viene de la almena,
sonoro, sorprendente, sensitivo
en ruiseñores rítmicos resuena.
Nos bruñe la belleza. Intempestivo
cristal que a la cadencia se encadena,
fluye fluvial, fosfórico, festivo
extrañamente pero no enajena
cual si el peñasco fuese pensativo
o hubiese más que flor en la azucena

Abandono

del amor en las fuentes, en el filo
de la frialdad donde me desmorono,
diluvio donde me descorazono
pues un torrente trámase tranquilo.
Con azotados átomos tachono
una intrusa humedad, hilo tras hilo,
y se delinea un mundo en lo que dono:
un galáxico grumo de berilo,
aguas que abren sus astros en mi abono,
violada vena virgen con que añilo,
oquedad ya en el oro o el ozono,
argentados planetas que perfilo
culminan cuando el pecho proporciono
al río no recíproco ni asilo.
Es algo ajeno donde me agirono.
En silencio, en un súbito sigilo
como de alma abundante que abullono
pues duele que no den pan o pistilo,
no solamente estrellas eslabono,
no sólo oleadas dúctiles destilo
sino que oigo mi olvido y lo perdono.
El amor es un bálsamo y en vilo.

Dolor del que deviene una destreza.
Veteranía ya de lo vivido.
Angustia trasmutada se adereza.
Colma un color el ámbito curtido.
Sangre somete sombra de cereza
a un tono tesonero de corteza
o de madera mágica. Movido
por un mirar que palpa la pobreza,
por un mirar que puebla lo perdido,
el efluvio fluvial ya se sopesa,
como nimbado núcleo sobre nido,
como una pulpa parda que profesa
bulbos de bronce vívido y bruñido.
Claror castaño. Plástica proeza.
Una epidermis con el hombro herido,
una sanguaza elástica y espesa
remite en su rigor a la riqueza
de una leñosa linfa cuya ilesa
irisación imparte su latido.
Rastrear que en el regato no regresa
lo individual o íntimo. Lo fluido
es fontana feroz, beoda belleza
o extraño espacio ciego y encendido.
Exangüe evocación de la entereza.

Anonimia del ánimo aguerrido.
Pedir apenas pálida promesa
de que el denuedo dome lo diluido.
Hallarse ante humedades con la huesa
pulsando todo el pecho padecido,
buscar lo que fue breve, lo que besa,
roces de regocijo restituido,
como si con su trémula tibieza
el claro corazón que se confiesa
humanizara la fluvial firmeza
dándole orientaciones al olvido.

Tristezas como teas torrenciales.
Múltiples manos van en movimiento
en mágicas maniobras minerales
plasmándose en un pálido
portento de continuos y cóncavos caudales,
y auge de ausencias, hambre, agotamiento
gime jadeando en glóbulos gestuales
para que lo sagrado y lo sediento
caigan en caudas como catedrales
con voces como vótores boreales,
y gestos como trágicos trigales
y labios en lumínico lamento
hasta ligar almácigos lineales,
melancolías como manantiales,
reproches como rítmicos raudales,
gritos en turbulencia de turpiales,
y braceos y vértigos verbales
en un solo ademán y un solo acento.
Florescencias flamígeras fluviales.
Lo injusto va irisándose en intento.
Vidrio y verdor, versátiles vitrales,
brillo de semilleros y cereales,
fuente o fecundidad del sufrimiento.
Se infunde fe por flámulas formales,
por íngrimos gorjeos guturales,

en la rebelde vocación del viento.
Vorágines y bríos. Vendavales.
El duelo ya es audaz discernimiento.
Protestas procelosas y puntuales.
Penuria ya pulsada en pensamiento
combina sus crisálidas candeales.

Diestro dolor hasta el deslumbramiento.
Alfombra en aguas. Sorbos celestiales.
Coordinados cobaltos colosales.
Un borbotón volátil y violento
resume rebeldías terrenales.
Muchedumbre en astral advenimiento.
Puños primaverales.
Índigos himnos. Épico elemento.

de
TRENO
(1993)

No basta que Dios te haya creado, no basta que tus padres te hayan traído al mundo: es también necesario que yo te haga existir.

CHASTAING
(en *Teoría y realidad del otro*,
de PEDRO LAÍN ENTRALGO)

I

Oscuros equinoccios, espaciales penumbras.
Yacimientos herbosos atavían las caudas.
Brotan como planetas anónimos las juncias.
Manan como linajes de lucero las aguas.
Macizos con un verde saciado se promulgan.
Los bulbos como lindes repletos se desmandan.
Cósmicos espesores, siderales enjundias.
Los capullos expanden inéditas fragancias.
Huele a lo inagotable. Ráfagas errabundas
de inmensidad sacuden las selvas y en las zarzas
corre un ávido aliento, vagos ruidos se escuchan,
subterráneo susurro de leños en las ascuas.
Por un vívido viento de océano se impulsan
no sé a dónde los entes. Cuchichean las brasas
secretos a los troncos. Y hay silencios que turban
como si los silencios fuesen nuevas palabras.
Dejo que los oídos absortos se confundan.
Huele a ríos colmados por estrellas extrañas.
Huele a siembra y a semen, huele a polvo y a mustias
corolas y a opulentas manzanas incendiarias.
¿Hasta dónde el crujido de maderas anuncia?
¿Qué crece con la muerte? ¿Cuánto el ímpetu abarca?
Poderes soterrados si las flores despuntan.
Lentos vahos de humus sus pétalos irradian.

Hormiguean pistilos, caléndulas inundan como constelaciones. Se aproximan estancias en que todas las hojas superando las junglas coagulan lagrimeo locuaz de luminarias.

El amor pisa tierras, las tierras se transmutan, bajo los pies que ahondan se ha encrespado la savia. Fluyen monologando dulces breas confusas.

El cereal redondea su vientre y se descarga como un haba de luna, luciérnagas enuncian en el núcleo nocturno vigilia planetaria.

En grávidas urdimbres los follajes, las lluvias, y con una turgencia que no tienen las almas el alma se contagia de planeta y de pulpa, contrae una elocuencia de lucero o guirnalda. Embestidas arbóreas, proporciones difusas.

En los troncos la aurora despierta con el ámbar. Por la sangre sembrada corren leches profundas. Las sombras en el seno precipitan galaxias.

Un árbol cae, crujen los huesos... La convulsa condición de ceniza se recrea o se ensancha. Crecen memoraciones próvidas o rotundas.

En la noche se entreabren las memorias más blancas, un recuerdo de nieves corporales o nupcias flanquea el horizonte con un vuelo de garzas.

De pronto los estragos no son piedras ocultas por rebaños mullidos de ayer y de añoranzas, y cercenan los blancos, los vuelos, las volutas hasta que los cendales de un día se desangran.

Queda la carne en vivo, sin túnica, y nocturnas las torcaces nupciales que henchían la nostalgia.

Jadeos nemorosos, proveedoras angustias,
cuando a enormes vacíos se atienen las distancias
las rosas con su aroma de miel resultan bruscas
como si en el abismo se escucharan plegarias.
Las raíces formulan zozobras cejjuntas.
Hay venas por verterse desde el vino en la parra.
Las ausencias culminan en vendimias abruptas.
Se contraen sarmientos junto con las entrañas.
Se ha llenado el contorno de coágulos que alumbran.
Posesión. Virginales racimos se desangran.
Cráteres y orfandades lentamente los chupan
desde un ansia de belfos y vínculos primaria.
Sollozos zodiacales, cuando caen las frutas
caen como carencias henchidas nuestras lágrimas.
Lejanías lloradas, los mares se bifurcan,
los sólitos paisajes y péndulos se empañan.
Hay un tiempo de amores perdidos y de búsquedas.
Hay la metamorfosis del límite en la errancia.
Tu amor cruza los bosques como un bálago púrpura
y en torno a los manteles se enciende como lámpara.
Tu amor merma la móvil con sus flámulas pulcras
y estrías de inocencia cuartean la hojarasca.
Tu amor tramaba llamas fragantes como fucsias,
por él la ojera supo de lila y de lavanda.
Tu amor durante noches tuvo tácticas diurnas
y hacía que las piedras despertasen confianza.
Tu humilde amor subía del pan como una súplica
para que los mendrugos tuviesen resonancia.
Tu amor con aquel puño candeal era una lucha
por los que bravamente tiritan o se escaldan.
Tu amor era del musgo, la brizna y las virutas,

socorría al hollejo, la monda y las hilachas
y al pastor que buscando la vida que lo surta
encuentra una pelliza de fuego entre la alfalfa.
Tu amor sentía manos escuálidas o intrusas
si no entregaban todas las mieses y las malvas,
tu amor era una brisa benévolas y adulta,
tu amor que vigilaba la hoguera de la infancia,
tu amor que uncía endriagos en fosfóricas yuntas,
tu amor que levantaba las ovejas exhaustas,
tu amor que era una nata de nieve y de nenúfar,
tu amor que reunía los elfos con la hogaza.
Buscando lo sellado, como gibas vetustas
las olas acometen el pecho y se levantan
y nos cruzan los ojos, los párpados, nos cruzan
los peces, los moluscos, las dárseras, las algas.
Como un brío flexible todo lo que circunda
que ya no hay cosa ni hombre sino doble resaca.
Una marea densa nos sumerge o encumbra.
Nos asciende a las nubes o nos tiende en la parva.
Las pupilas y espumas en vínculo diluvian.
El caracol asume cabriola cavernaria.
Se nace con el duelo también, se nos enluta
con un plúmbeo lirismo de lino en las espaldas.
Porque digo tu nombre y el trueno me secunda.
La tempestad o el eco del nombre se desata.
Digo tu nombre y lentos relámpagos relumbran.
Asciende un escarpado clamor por la garganta.
Digo tu nombre y salmos salobres lo redundan.
Digo tu nombre en bronca vastedad de borrasca.
Estrépito de puertas cerrándose, se pulsan
aldabones, repican afónicas alarmas.

Sellados floreceres, tránsitos en las tumbas.
Chisporrotean raptos astrales entre larvas.
La muerte es la mudanza mesiánica. Perturba
la piel y luego en tramos recónditos avanzan
huesos que se entrechocan sonoros y pronuncian
en ásperos idiomas una vida más larga.
Pero es vida sin besos, ¿la tendría si nunca
he vivido sin ellos? Una fiebre compacta
clama cuando unos labios inmóviles sepultan
aunque el clamor ya es tacto sidéreo de avalancha.
Otras zonas la muerte ya genésica surca.
No sé por qué mi cuerpo, que hoy es trámite, aguarda.
No sé por qué mi cuerpo, que es efímero, abunda.
No sé por qué los brazos sin vínculo se agrandan.
Todavía los aires y anémonas se juntan.
Indómita querencia de prímulas se arraiga.
Terrenal y sin tregua reclamo la figura,
la figura perdida y amada y solitaria.
De los hombros sin otro, sin apoyo ni ayuda
rodó el fluido carnal, cayó la capa
y aunque el velón y el bosque y el mosto se conjuran
la carne es una entrega desértica y opaca.
No sé por qué el contorno vivaz no se atenúa
ni sé por qué se realza la heredad de la ráfaga.
Acaso porque el pecho fue la más tierna turba,
el pecho era presencia poderosa y plenaria.
Amadas formas vivas, cariciosas columnas,
no felizmente el labio palpado se desarma,
no sin esfuerzo el seno con el cierzo comulga,
no sin crimen dialoga la muerte con el alba.
Las manos o las sedas humanas van en busca

de tez, tocan objetos, los tientan, se desplazan
hacia antiguos papeles y frágiles pezuñas
se crispan sobre un pliego ya pálido en que me hablan.
Pero estas manos ¿cómo se transforman? ¿Se truncan
y vuelven en asomos de azahares y escarcha?
El verbo atravesando las páginas enjutas.
Contra el hueso unos bríos anómalos se ensañan.
¿Qué derroche desnudo va en la muerte presunta?
Por los osarios trotan lúcidas lontananzas.
Raro erizo penetra las sienes, de sus púas
cuelgan las fantasías como bayas de gasa.
Potros de paraíso o edénica iracundia,
la beatitud en bestia, lo grácil como garra,
los sueños como fauces angélicas e hirsutas,
los mitos o los nexos de clámides con zarpas,
carnívoras quimeras mordiendo las centurias,
utopías con perros alígeros que ladran
y la viudez espesa del ébano preguntan
si sobre las tinieblas los cánticos cabalgan.
Los silencios se quiebran como ramas, preludian.
Amanecen salterios, alborean las flautas.
Y la voz nueva dice: los cielos se columbran
y le hacen eco heraldos, voceríos, calandrias.
Una voz con acordes de fábula y de furia
ahinca en tierra y manan verdades legendarias.
Ayudadme, prodigios, clame un credo o liturgia.
El hechizo recorre las piedras y las plantas.
Pues el amor deshace la flor cuando perfuma.
La vibración perenne diluye a la cigarra.
Densidad numinosa distendiendo las uvas.
La embriaguez en un cáliz translúcido se escancia.

Procedimientos ígneos, poderes, taumaturgias.
Borbotón de cocuyos ha colmado la taza.
Relámpagos o esquemas errátiles de rutas
vertebran, promisores, un ámbito de plata.
Hogueras en las pomás con rocío maduran
y bermejas y vítreas forman nuevas comarcas.

Activas humedades dejan grietas y grutas
y el sol, henchido sable de polen, nos traspasa.
Los vientres de vestales en las meses ondulan,
las aves en el aire rituales se percatan.
De las nieblas germinan escorzos y envolturas
y un hada pone vendas de luz en la sanguaza.
Un tul tiende pegasos o pliegues en la bruma.
Toda breva que envuelve se extravía o encanta.
Abrirse soportando crisol e investidura,
la dermis viva, cinta voraz que se desgasta.
Ingravidez colmada u opulencia desnuda.
La muerte es una reste lacónica o huraña.
Un ropaje de nadas nos desborda o depura
junto al humo, diadema frugal de la fogata.
Hay un caer ambiguo o una lumbre moruna.
Puñado de semillas lumínicas se lanza.
Laberintos finales se inquietan, se arrebujan
y fluyen. Dejo al velo o al vuelo que se esparza.
La neblina ¿es esencia? Los linderos se esfuman,
bajo el peplo el regazo se enerva o arremansa.
El hoyo es un remedio de la máxima hondura,
hasta el hueso refleja sutil perseverancia.
Un cetro subyacente nos despoja y demuda
e intencionadas llagas abren puertas gallardas.
Se sabe que se agota la edad en grieta pura.
Del tiempo ¿queda un beso veloz que se rescata?

Padecen el plumaje, la prisión, la pechuga.
Crece entonces en lirio granítico tu falta.
Un manojo de tactos reincide en la cintura.
Pero ya se deslén acémila y sandalia.
De lianas y de lagos, de lis y hasta de luna
el pie o el hueco lleno de dioses se descalza.
Un proyecto de besos impalpables subyuga.
Persistir no es capricho sino etérea demanda.
Hay ya como un pasado de labios en la espuma.
Las gaviotas anidan, el dédalo descansa.

Ya el riachuelo es un lloro, sin légamos, pululan
guijarros esparcidos con ídoles de calma.
Los duendes, transparencias fetales o burbujas
se aglomeran, cubriendo la formas inmediatas
y al reclamar lo eterno, ya lo eterno se funda
porque la voz no es puente sino aldea o hazaña.
La voz no es un sonido sino un orbe que triunfa,
la voz es un cimiento de arcángeles y arcadias.

Auspicios. El durazno saturado y maduro
propone piel en claro cabrilleo fraterno.
Vaticinios humanos: el pámpano, el pedrusco.
Preámbulos. La poma tiene un tinte secreto.
El día es demasiado categórico y diurno.
El sol, cuando enceguece, ¿no alimenta un proyecto?
Lentos ojos virtuales ¿moran en el cocuyo?
¿Hay criatura en la pulpa, candor en el invierno?
Tanta luz, tanta nube son promesa y augurio.
El caracol se curva como un céfalo ingenuo.
Horizonte colmado, palpitante y a punto
de estallar. La bandada se ha quedado en suspenso.
Cuando el gorjeo asciende, pictórico, lo escucho
cual si los aires fueran la víspera del verbo.
¿Fuimos la consecuencia de un trémulo transcurso?
¿O el devenir se forma desde un pálpito interno?
Rangos elementales y grávidos, resulto,
mas soy un resultado ya autónomo y enhiesto.
Como una independencia de la flor me pronuncio.
Secuela de las rosas, aún más, vivo comienzo.
El redor me señala pero yo lo trasmuto.
Mucho más, soy un germen balsámico o violento.
En las oscuridades una lógica esculpo.
Florecen como brotes los nombres en lo seco.

¿Naturaleza? Apenas. Ventisquero, bejucos,
mazorcas en meteoro constando como un medio.
Calar en lo innombrado la víspera o el lujo
de una entidad distinta. Porvenir o recuerdo.
O antesala de espigas. En la yerba me enuncio
la semilla del lirio o del ágata ancestro.
Cuando tiemblan, cuajados, los límites, ayudo
y recorro el alcance como un vivido engendro.
Cosa neutral, informe, grisácea donde infundo
sentido, situaciones, silabario, cimiento.
Hueso y alma exhalados desde un trámite oscuro.
Antes que las estancias del útero en un sesgo
crucial lo femenino como un diáfano nudo
se desataba en cintas de miel y de misterio.
No sé cuántos oleajes y océanos perduro.
Sé que hubo la resaca con el último aliento.
Balidos y riachuelos en un cántico agudo.
Alegrías vividas se acoplan al cencerro.
El verdor no es presente selvático y seguro,
las montañas atraen como umbrío abolengo.
Alzábamos el árbol, las hogueras, el humo,
el orbe recibía donación y dispendio.
Despliego girasoles y en tréboles ondula,
por ser sola y sonora también soy el acervo.
Unidos a lo ajeno, la erosión atenuó
con llanto y en cascadas o en voces me desprendo
Dudar si está en el cuello o en tórtola el arrullo.
Cavilo, ¿es una baya o una tez lo que muerdo?
Has contagiado arroyos con íntimo susurro.
Aún no sé cuánto aducen los lagos. Te sorprendo
en cada nueva zona susurrante del mundo.

Por ti mediatizado, socorrido y sidéreo
se ha tendido el follaje y en un ímpetu rubio
el trigo alcanza aureolas y el maíz sortilegio.
¿Aflora tu sonrisa cuando ahondan el surco?
¿Sonrías cuando se abren estrías en el cedro?
Memorias singulares ya iluminan el bulbo.
La semilla está henchida de ti como de un sueño.
Las relaciones pueblan o trastornan el musgo.
Has crecido llenando de lo humano lo externo.
Mágicamente en vilo brilla un bosque nocturno.
Un ademán persiste como un álamo etéreo.
Húmedo aldabonazo la caída del fruto
desentrañando puertas en el polvo trigueño.
Todo lo que es terrestre se ha tornado profundo.
Como si de una frente deviniera el almendro.
Como si definieses el destello y el surco
del río en que la forma circula como un leño.
Algo de tus texturas serpentea en el juncos.
Una rama es el rastro movedizo de un gesto.
El panal y la oruga me insinúan refugio.
En la cera y la seda ¿se prepara el regreso?
En colmena y en fibra menudea tu influjo.
El trueno se produce como un advenimiento.
¿Hay en las tempestades un relámpago tuyo?
¿Eres inabordable? ¿O estás sólo en lo yerto?
La lluvia es discursiva y auroral, ¿cómo pudo
argumentar en caudas para hundir lo deshecho?
Biografías del roce o creación del impulso
las hojas que me pulsan el rostro con el viento
son mensajes extraños y adivino su rumbo
como si me llamase tenazmente lo tierno.
Se desprende un alivio del agreste tumulto.

Las briznas ¿son ahora remembranzas del beso?
De los viñedos pende tránsito o artilugio:
el racimo, estallante, ya próximo o propenso
a ser pómulo suave que palpo. Me confundo,
palpo acaso unos gajos enfáticos o un cuerpo
en un desplazamiento; traslación o conjuro
manan húmedos frutos labiales del cerezo.
El nido ¿halló en tus manos lo inicial o lo oriundo?
Relatando tus sienes ¿brota un bálogo denso?
Asoman arreboles, cruzando el claroscuro,
ya no son arreboles sino ardor encubierto.
¿Qué crónica de tu alma tornasola el carbunclo?
¿Fuiste acaso el origen del muérdago y el brezo?
¿Me amarás en la savia tramada con el zumo?
¿Cómo será una boca solar? ¿Un tacto regio?
Pienso en las mansas manos aliadas al capullo.
Imagino unos ojos henchidos de universo.
En la oveja y la llama se guarece futuro.
Entre mis manos eras un benévolo incendio.
Entre mis dedos eras un armiño tozudo
como si lo bravío también fuese sedeño.
Y ahora solamente te contemplo o fabulo
divulgado en el cosmos, incitando, moviendo
a galaxias y gajos, a guijarros y a grumo
hasta alzar tus semblanzas de orégano y ordeño.

Cronología

- 1924 Nace el 11 de octubre en Puerto Cabello. Elizabeth Schön, a su llegada a Puerto Cabello, cuenta sobre la infancia de Gramcko:
- «Ella era expansiva y muy tierna (...) Ella pedía morocotas, porque la morocota es una moneda que brilla, ella buscaba el brillo, claro, son cosas muy personales, que están en lo más hondo de una persona, pero que a través de su imaginación se daban en una moneda (...) Pienso también que las morocotas tenían otro sentido... La morocota es algo que permanece y una de las fuerzas que indujeron a Ida, a decir, fue la necesidad de la permanencia».
- De su personalidad nos deja dicho: «...porque Ida es un valor que se pierde de vista como poeta... como persona y poeta... no existe diferencia alguna».
- 1939 Comienza a colaborar en periódicos y revistas: *El Gato Líder* de Valencia; *Crítica*, de Caracas, *El Unare*, de Zaraza.
- 1941 Se publica en Caracas su primer poemario, *Umbral*. En 1942 este recibe mención honorífica por la Asociación Cultural Interamericana.

- 1943 Se publica en Caracas el poemario *Cámara de cristal*.
- 1944 Se publica en Caracas el poemario *Contra el desnudo corazón del cielo*.
- 1945 Se convierte en la primera redactora reportera de periodismo policial de *El Nacional*. Entre los años 1947 y 1963 colabora con *Revista Nacional de Cultura* (Venezuela), *Repertorio Americano* (Costa Rica), *Cultura Universitaria* (UCV), entre otras revistas literarias. La mayor parte de su vida colaboró como crítica literaria y articulista de Filosofía y Artes Plásticas, e impartió talleres sobre Estética, Mito y Poesía.
- 1948 Se publica en México el poemario *La vara mágica*, sobre temas universales de la literatura infantil y el primero de sus libros más relevantes. Posteriormente fue traducido al ruso y francés.
- 1952 Se publica *Poemas (1947-1952)*, prologado por Mariano Picón Salas.
- 1955 Se publica en la editorial Aguilar *Poesía y teatro*, y su obra teatral *María Lionza* (puesta en escena por Alberto de Paz y Mateos en 1956). Ese mismo año Juana Sujo puso en escena otra pieza, *Penélope*, que recibe en 1960 el Premio Teatro de la Universidad Central de Venezuela.
- 1956 Se publica su novela *Juan sin miedo*, una de las más importantes y menos reconocidas de la literatura venezolana. Considerada «uno de los más inquietantes

textos de la narrativa juvenil latinoamericana» (Eva Cristina Rangel Loza), es mucho más que un libro sobre un joven y para jóvenes.

- 1957 *Juan sin miedo* recibe el Premio de Novela José Rafael Pocaterra.
- 1958 Su obra *La Rubiera* (teatro infantil, basada en un mito popular y sobre el tráfico de negros) recibe el Premio Teatro del Ateneo de Caracas.
- 1959 Escribe la obra de teatro infantil *La dama y el oso*.
- 1960 Se publica el libro *La mujer en la obra de Gallegos*.
- 1961 El poemario *Los estetas/Los mendigos/Los héroes* recibe el Premio de Poesía José Rafael Pocaterra. El Ministerio de Educación edita la compilación *Teatro*, que reúne *María Lionza*, *La loma del ángel* (basada en una leyenda y en la novela del siglo XIX del cubano Cirilo Villaverde), *Penélope* y *La mujer del Catey* (sobre un personaje popular de Barlovento). Preceden a estas, dos piezas infantiles: *La hija de Juan Palomo y Belén Silvera*, escritas a modo de fábulas mágicas de gran lirismo, con temas tradicionales y al estilo clásico: comedia en verso, auto sacramental. Este año recibe el Premio Municipal de Poesía por el poemario *El poeta*.
- 1964 Se publica el libro de prosa y poesía *Poemas de una psicótica*. De este escribe Márgara Russotto: «Es legítimo considerar *Poemas de una psicótica* como uno de los momentos más audaces de la poesía femenina venezolana (...)» (en «La amada que no era inmóvil. Identidad femenina en

- la poesía venezolana moderna», 1995). En este año se gradúa de bachiller por el sistema de Libre Escolaridad.
- 1965 Se publica el poemario *Lo máximo murmura*, que recibe premio de publicación por la Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia. Se publica *El abuelo, la cesta y el mar*, de Elizabeth Schön, con prólogo de Ida Gramcko.
- 1966 Se publica el interesante e híbrido poemario *Sol y soledades*, que incluye en sus partes un poema dramático, prosa poética y un monólogo. Fue reseñado por Lorenzo Batallán (*El Nacional*, 28/12/1966).
- 1967 Se publica *Este canto rodado*, un hermoso libro-objeto con fotos de Mateo Manaure. Publica la monografía *Preciso y continuo*, sobre la pintura de Mateo Manaure, por el Inciba. Se publica el libro de ensayos sobre literatura *El jinete de la brisa*, donde incluye cuentos de ciencia-ficción. Mientras, redacta monografías (cerca de doscientas) sobre artistas y escritores venezolanos por encargo del Ministerio de Relaciones Exteriores.
- 1968 Se publica el poemario *Salmos*. Se reseña en *El Nacional* (16/08/68) su graduación en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela.
- 1969 Publica *0 grados Norte Franco*, otro hermoso libro-objeto, en prosa poética teatral que reproduce una mítica y metafórica historia del hombre, diagramado por Mateo Manaure y con fotografías de Fina Gómez.

- 1970 Se publica el poemario *Los estetas /Los mendigos / Los héroes* y su libro de ensayos sobre poesía y tradiciones venezolanas *Magia y amor del pueblo*, documento de investigación de gran valor patrimonial y del que existe sólo una edición. Monte Ávila Editores publica la primera antología mayor de sus poemas, *La andanza y el hallazgo*, con prólogo de Mariano Picón Salas.
- Entre este año y 1980 fue profesora de Literatura Venezolana en el Pedagógico de Caracas y en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela; y de Estética en el Centro de Arte Gráfico (cuando comienza a hacer serigrafías).
- 1972 Se publica el poemario *Sonetos del origen* (con fragmento introductorio de un texto de Heidegger). Monte Ávila Editores publica su novela infantil autobiográfica *Tonta de capirote*. En una entrevista (*El Nacional*, 9/7/72) menciona el texto en prosa, quizá aún inédito, *Samotracia*.
- 1973 Publica un poemario que recrea la enseñanza infantil: *Quehaceres. Conocimientos. Compañías*, que ese mismo año recibe el Premio Municipal de Poesía, cuyo jurado estuvo integrado por Vicente Gerbasi, Elizabeth Schön y Luz Machado. El Pedagógico de Caracas publica otro importante texto académico sobre simbología y filosofía: *Mitos simbólicos*.
- 1976 Monte Ávila Editores reedita su obra de teatro *Maria Lionza*.

- 1977 Recibe el Premio Nacional de Literatura por toda su obra poética, actuando como jurados: Vicente Gerbasi, Manuel Alfredo Rodríguez, Salvador Garmendia y Osvaldo Trejo. Es la primera mujer en obtenerlo. En *El Nacional* (5/6/77) se publica el poema «Caigo por un extraño precipicio», parte de un poemario inédito para el momento, y hasta ahora difícil de conseguir: *Birlibirloque*.
- 1979 Recibe la condecoración Francisco de Miranda, en primera clase, por el Ministerio de Relaciones Exteriores.
- 1980 Se reseña (*El Nacional*, 14/08/80) la publicación de su novela infantil *Pirulerías*, sobre un niño que busca a su padre, basado en coplas y leyendas de los waraos, de Valencia, Caracas e Higuerote (el mito del árbol caobo que camina, la leyenda del duende Catey y del dios Amalivaca).
- 1983 Se publica el valioso libro *Poética* (Ediciones del Congreso de la República), un largo ensayo de estilo poético sobre arte poética, el símbolo y la metáfora, «el primero que se escribe de este tipo en el país», dice una nota periodística (*El Nacional*, 17/11/83). Recibe el Premio Henrique Otero Vizcarrondo por el artículo de opinión «Recuerde el alma dormida» (*El Nacional*, 30/7/83). En una entrevista (*El Nacional*, 30/7/83) menciona el texto de ciencia-ficción inédito, «Un hombre de otro planeta» (como se ve, es creadora en todos los géneros).

- 1985 Se publica el poemario *Salto Ángel*, por Fundarte.
- 1987 Publica el libro sobre Simón Bolívar *Historia y fabulación en «Mi delirio sobre el Chimborazo»*.
- 1988 Entrevistada por Earle Herrera (*El Nacional*, 10/7/88), habla de otro libro inédito: *Antroluz*. Ediciones de la Presidencia de la República edita *Obras escogidas*, con prólogo de Alfredo Silva Estrada.
- 1993 Publica su último poemario, *Treno*, por el Ateneo de Valencia. La fundación CELARG publica *Poesía, narrativa, teatro y ensayo*.
- 1994 A los 70 años de edad, muere en Caracas el 2 de mayo.
- 1997 Se reedita la selección *Teatro*, con prólogo de Elizabeth Schön.

ÍNDICE

Ida Gramcko: poesía y mística
LUISLI MORALES

de
UMBRAL
(1942)

Tristeza	3
Relación	4
Voz	5
Duda eterna	6

de
CÁMARA DE CRISTAL
(1943)

I	9
III	10
V	11
XII	12

de
CONTRA EL DESNUDO CORAZÓN DEL CIELO
(1944)

<i>¿Tendrán todas las cosas que enfermarse...</i>	15
4	17
5	18
6	19
9	20
16	21
28	24
34	26

de

POEMAS 1947-1952
(1952)

La unidad del llanto	29
<i>Os conozco de siempre, labios mudos...</i>	30
<i>Atienda aquel que dijo...</i>	31
<i>Metáfora increíble...</i>	33

ESTE SANTO NOMBRE CEMENTERIO JUDÍO
(PRAGA)

<i>El orden sufre, lo transido acaba...</i>	37
El hombre, el heredero	42
El mismo yo, mas caracol	50
<i>Presunto sortilegio. Sólo alcance...</i>	51
<i>Recuérdate, palabra...</i>	52
<i>Con rayas rojas cambiaremos mundo...</i>	53
<i>Para construir la sola cosa pura...</i>	54
<i>Estar afuera es como estar adentro...</i>	55

de

LA VARA MÁGICA
(1955)

Génesis	59
Caperucita roja	61
La Cenicienta	65

de

LOS ESTETAS / LOS MENDIGOS / LOS HÉROES
(1958)

Los estetas	73
Los mendigos	76
Los héroes	78

POEMAS DE UNA PSICÓTICA
(1964)

Diablos	87
El ángel	91
El espectro	94
Plegaria	102
Casi silencios	103
Lo máximo murmura	106

LO MÁXIMO MURMURA
(1965)

<i>Si he sido fiel...</i>	111
<i>I lo que ha florecido desde tan sola...</i>	112
<i>Porque lo que es más puro...</i>	113
<i>Negaría el firmamento...</i>	114
<i>¿No crece en el verdor floral aliento?...</i>	115
Agramcko	116

de
SOL Y SOLEDADES
(1966)

El poeta	119
Poema 1	119
Poema 10	120
VERSORS	
1	121
4	122
22	123
SOL Y SOLEDADES	
2	124

de
CANTO RODADO
(1967)

<i>La luz, tan reacia, ya es por siempre mía...</i>	129
---	-----

de
SALMOS
(1968)

<i>El cielo es un estado, no un sitio...</i>	137
<i>Árbol de resplandor, único olmo...</i>	138
<i>Mas ¿cómo es esa estancia?...</i>	139
<i>Para recordar es necesaria la ausencia amada</i>	141
<i>Acordarse de un lar o un ser humano...</i>	142
<i>Así en mi huerto sin carnal manzano,...</i>	143
<i>Un sol nunca se pregunta si hay otros soles...</i>	144
<i>Galaxias sin cesar. Fáusticas proles...</i>	145
<i>Lo absoluto tiene esencia propia,...</i>	146
<i>Y a veces quiero oír, en inefable...</i>	147

SONETOS

<i>Soneto para una reflexión</i>	151
<i>Soneto a la clarísima criatura</i>	152
<i>Sonetos para un ángel</i>	153
<i>Porque tú fuiste y eres lo ascendido...</i>	154
<i>Sentencias</i>	155
<i>Importa que sea yo gran dadivosa...</i>	156

de
SONETOS DEL ORIGEN
(1972)

4	159
8	160
42	161
65	162
69	163

de
QUEHACERES
CONOCIMIENTOS
COMPAÑÍAS
(1973)

Quehacer [1]	167
Quehacer [2]	168
Conocimiento	169
Compañía [1]	170
Compañía [2]	172
Compañía [3]	173

de
SALTO ÁNGEL
(1985)

<i>En lo quebrado...</i>	177
<i>Porfía...</i>	179
<i>Polvo de polen...</i>	180
<i>Preparativo...</i>	182
<i>Abandono...</i>	184
<i>Dolor del que deviene...</i>	185
<i>Tristezas como teas...</i>	187

de
TRENO
(1993)

I	193
III	201
CRONOLOGÍA	205

Antología poética

Se imprimió en el mes de abril de 2024
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Antología poética

Luislís Morales hizo la selección de los textos que integran la presente *Antología poética de Ida Gramcko* con la que Monte Ávila Editores, en el marco de la FILVEN, invita a los lectores a sumergirse en el inagotable e insondable caudal expresivo de una autora cada día más leída, disfrutada, revisitada.

Ida Gramcko

(Puerto Cabello, 1924-Caracas, 1994). Poeta, ensayista, cuentista, dramaturga, periodista (reportera policial, articulista), diplomática, profesora universitaria. Autodidacta, considerada «niña prodigo», a los 13 años obtuvo su primer premio. Colaboró durante 50 años con el diario *El Nacional*, y 16 años con la *Revista Nacional de Cultura*.

Su obra está marcada tanto por un particular misticismo y una extraordinaria lucidez, —más emocional que abstracta, no exenta de reflexión ni certeza filosófica—, así como por un interés constante por diferentes aspectos de la tradición popular.

Entre sus libros más conocidos están: *Umbral* (1942); *Contra el desnudo corazón del cielo* (1944); *La vara mágica* (1948); *Maria Lionza* (1955); *Juan sin miedo* (1956); *Poemas de una sicótica* (1964); *Lo máximo mormura* (1965); *Sol y Soledades* (1966); *Este canto rodado* (1966); *El jinete de la brisa* (1967); *Magia y amor del pueblo* (1970); *Tonta de capirote* (1972); *Mitos simbólicos* (1973); *Poética* (1983); *Pirulerías* (1980); *Treno* (1993). Recibió el Premio Municipal de Literatura en 1972 y el Premio Nacional de Literatura en 1977.

